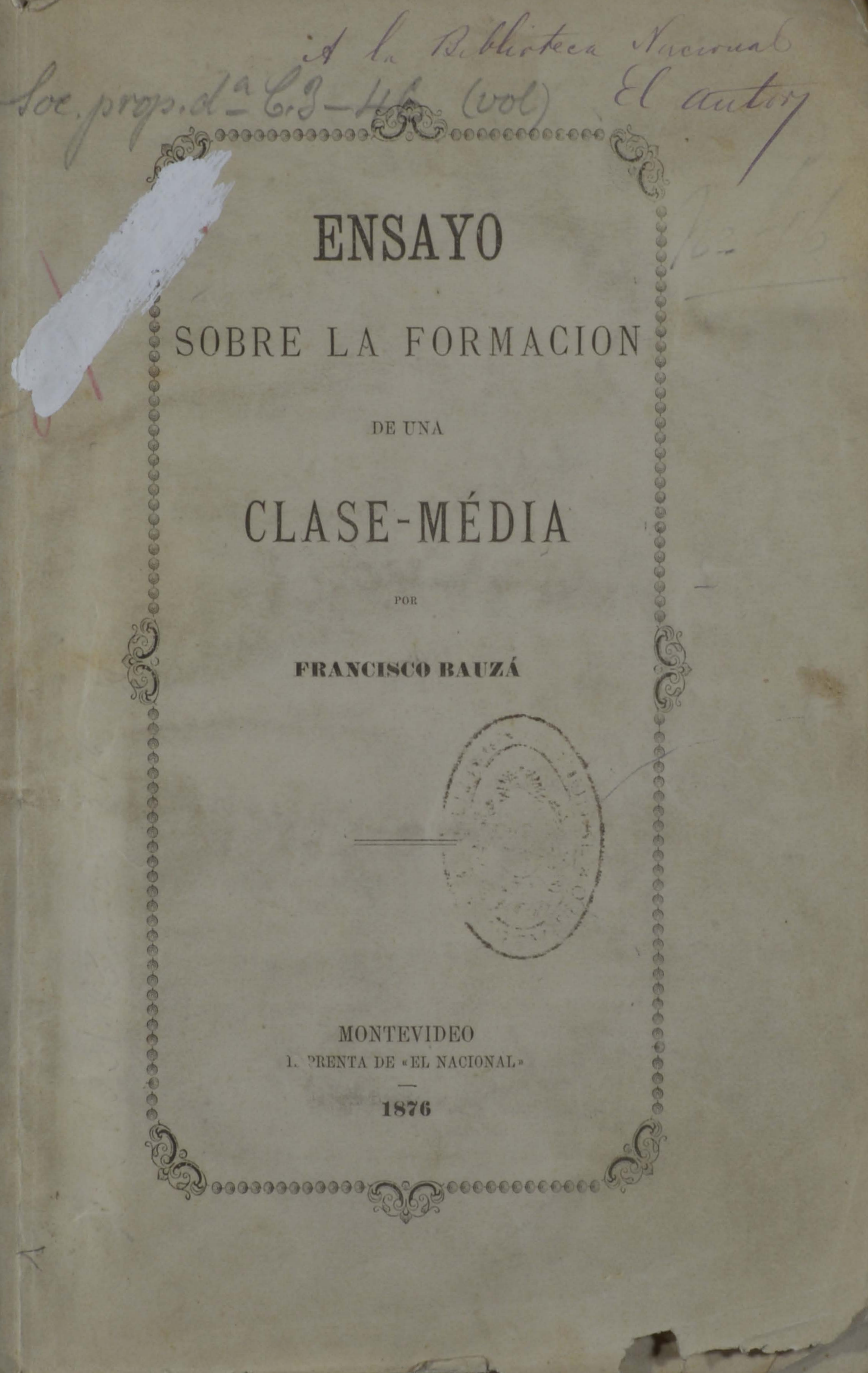


A la Biblioteca Nacional
El autor
Soc. prop. dª C. 3 - 46 (vol)

ENSAYO

SOBRE LA FORMACION

DE UNA

CLASE-MÉDIA

POR

FRANCISCO BAUZÁ

MONTEVIDEO
I. PRENTA DE «EL NACIONAL»

1876

ENSAYO

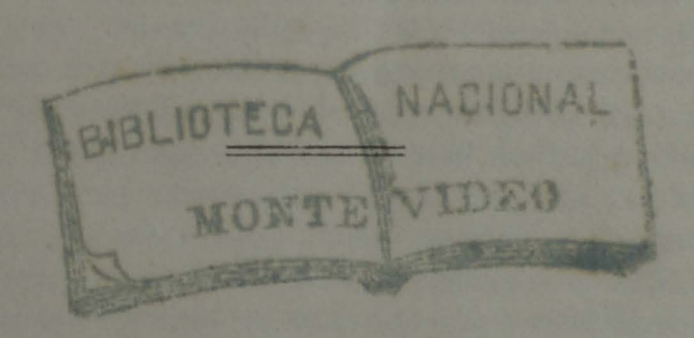
SOBRE LA FORMACION

DE UNA

CLASE-MÉDIA

POR

FRANCISCO BAUZA



MONTEVIDEO
IMPRENTA DE «EL NACIONAL»

1876

HT682.B3.E5.1876

D.437.055

SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL

PREÁMBULO

Veintidos siglos hacen que Aristóteles escribia: «Los grandes estados están ménos espuestos á los movimientos populares. ¿Por qué? Por que la clase média es allí numerosa. Pero las pequeñas ciudades están frecuentemente divididas en dos partidos. ¿Por qué? Porque no se encuentran allí mas que pobres y ricos, es decir *estremos* y no *médios*!» Esta profunda verdad del filósofo de Stajira ha sido confirmada por el trascurso de las edades, y ha demostrado además la solidaridad que vincula á los pueblos al través de las distancias que los separan en el espacio, y del respectivo olvido á que parece lanzarlos con su indiferéncia el tiempo. Nuestro saber político recibe aquí una grande leccion de la historia: las mismas causas que obstaculizáron la constitucion sólida de las repúblicas griegas, son las que impiden hoy el desarrollo total de las repúblicas sud-americánas. Ignorancia ó despotismo arriba; esclavitud ó miséria abajo: he aquí lo que perdió á la Grécia republicana, y lo que tal vez puede perdernos á nosotros. La cuestion que nuestros padres plantearon y resolvieron en el terreno político, la encontramos ahora esperando una nueva solucion en el terreno social. Obtener la independencia de la República fué el propósito deliberado y conseguido por nuestros mayores: radicar esa independéncia fundando definitivamente un gobierno y asimilándole á un órden social permanente, es el problema que se plantéa hoy por sí mismo para decidir la suerte de la Nacion.

Cuando el presentimiento de las aspiraciones nuevas se diseña en la rejion de las ideas, queda todavía una larga época de elaboracion intelectual para los propagandistas y los reformadores teóricos : cuando la teoría ha hecho camino y se presenta accesible de abordar el terreno político para establecerse en la práctica, entónces empieza la lucha de los partidos y la controvérsia de los sistemas: pero cuando esta última lucha ha concluido y las cuestiones descienden al terreno social, entonces no hay posibilidad de espera, porque aquello que empezó por una aspiracion vaga, concluye por ser una necesidad positiva y se eleva á la categoría de un peligro público. Nosotros hemos llegado á esta situacion. Despues de cuarenta años de revoluciones y de ensayos el pueblo ha pedido la libertad en el órden, sin que nos sea posible negarle lo primero ni asegurarle lo segundo, puesto que el órden requiere la estabilidad política, y entre nosotros la estabilidad no existe. Se confirma la asercion de Aristóteles: el desequilibrio social labra la ruina de la República. Desde que no hay una clase média capaz de contrabalancear las aspiraciones de la primera clase social y de la última, el equilibrio desaparece y la anarquía se presenta para recojer el fruto de la victoria. Se dice todos los dias que entramos al camino de la reconstruccion, pero podemos estar abocados sin saberlo al cataclismo de la disolucion.

El largo debate entre la superioridad de las instituciones y la prepoténcia de las individualidades políticas se ha cerrado ya: la victória moral para algunos, está del lado de las instituciones: el triunfo material esto no obstante, ha sonreido á los individuos. Pero la cuestion afecta hoy una nueva forma y asume proporciones alarmantes: ni las instituciones ni los individuos podrán sostenerse si la sociedad no se reorganiza. El mal que nos aqueja no es ya una efermedad transitoria, es un mal social. La gestion absolutamente política de los negocios toca á su término, diseñándose vigorosamente la éra de las reformas sociales que son esperadas con impaciencia para echar las bases de una organizacion nueva. El camino está abierto y los elementos sobran: el porvenir nos dirá si tambien han sobra-

do los hombres capaces de utilizar esos elementos providencialmente esparcidos á nuestro alcance, por efecto de la descomposicion que se verifica en todos los ámbitos de ésta sociedad desquiciada á impulsos de una época de transicion. A vueltas de tantas perturbaciones el sentimiento público empieza á definirse, para formular sus reclamos en un programa tan sencillo como la solucion á que aspira. Basta de divisiones estremas disputándose el poder: venga una clase social intermediária que ponga á todos en órden y dé á cada uno lo que le compete. Tal es la necesidad imperiosa del momento: por nuestra parte hemos tratado de hacerla bien comprensible en este escrito, á la luz de las enseñanzas de la Economía política y de la Historia.

Montevideo, Junio de 1876.

I

La ley del desarrollo es el trabajo: toda vez que el hombre se abandone á los instintos de holganza con que su naturaleza le incita, está seguro de caer en la postracion y la miseria. A pesar de la repugnancia con que el trabajo es mirado por el ser humano, la necesidad le empuja á afrontarlo y siempre que se vé urgido entre la satisfaccion de exijéncias imprescindibles ó la supresion de un esfuerzo, opta por lo primero y trabaja para quitarse una pena mayor con otra que es mucho menor. El instinto de conservacion, sentimiento poderosamente desarrollado en el sér racional, le predispone á observar una conducta adecuada al império con que sus necesidades se le imponen y á la exijéncia con que sus goces le convidan, siendo así que reparte proporcionalmente su tiempo para satisfacer á las unas y revivir en los otros. Todo hombre sabe que si no trabaja sucumbe. Colocado en la disyuntiva de hacer esfuerzos ó morirse de hambre, el hombre sacrifica el reposo á la satisfaccion de una necesidad perentória y solo despues que la ha llenado se entrega al descanso. Este descanso es indudablemente un placer, pero el instinto de

conservacion le avisa de antemano que semejante placer es muy poco duradero cuando el dolor del hambre está tras de él, y la reflexion por su parte tambien le dice que si se entrega por completo á la holganza, llegará un momento en que ni fuerzas tenga para trabajar y entónces morirá indefectiblemente. Es así que el hombre trabaja impulsado por la necesidad y no inducido por el goce que pueda encontrar en la actividad de sus esfuerzos, desde que cada esfuerzo verificado le cuesta una pérdida de reposo bien sensible á su naturaleza.

Empéñanse algunos autores en demostrar que el hombre ha nacido con predisposiciones muy marcadas al trabajo, y que encuentra en él, verdadero placer y completa satisfaccion á sus instintos. La esperiéncia prueba lo contrario, pues la humanidad misma acordando el prémio de la virtud al hombre trabajador, indica que mira en él á una individualidad capaz de vencer las resisténcias que le opone su própia naturaleza: si el trabajo fuera un placer, nadie se acordaría de mencionarlo en sus semejantes como un título personalmente dignificador. Por otra parte, todo converge á demostrar que el hombre trabaja por necesidad y se esfuerza en conseguir el descanso que es su aspiracion mas pronunciada: el rico que atesora en su juventud, pretende el descanso en la vejez: el padre que forma la fortuna de su familia, aspira á que sus hijos trabajen ménos cuando lleguen á la edad viril. Es indudable que la costumbre del trabajo dá una direccion enérgica á las facultades del hombre, y llega á crear tanto en su espíritu como en su cuerpo cierta aptitud cuyas exijéncias satisface mas tarde con placer: pero este hecho bastante general no importa una predisposicion positiva del sér humano al trabajo, ántes bien, solo indica la fuerza de sus necesidades y la intelijéncia de su raciocínio, cuya prevision llega á vencer hasta las mismas condiciones desfavorables con que el ser racional nace á la vida. El trabajo es para el hombre una pena, pero mayor pena es el hambre, y entre dos sacrificios, prefiere el de su reposo en cámbio del de su vida. He aquí cómo el instinto de conservacion trasforma en activo á un ser de tendéncias completamente estacionárias.

Por lo que queda espresado puede calcularse la laboriosa gestacion en que han vivido las sociedades humanas, ántes de encontrarse formadas y aptas como lo están en el dia para gobernarse segun sus aspiraciones de progreso. Fué necesario que el hombre se venciéra primeramente á sí mismo para disciplinárse en la ecuela del trabajo: despues necesitó vencer las preocupaciones de gran parte de sus semejantes engreidos por las utilidades que conseguian á costa del trabajo ajeno: y por último se formaron las sociedades sobre la division estricta de las clases, pues era ya tiempo que no se confundiesen el que ganaba el pan con con el sudor de su frente, y el que lo comía por derecho de casta. A la division de las clases se siguió su rivalidad: á la rivalidad sucedió el domínio de una sobre todas. En la lucha de las aspiraciones al bienestár, tenía que vencer á la larga aquella clase social que mayores riquezas pudiera obtener por acumulacion, y como nadie sabe ahorrar mejor que el que conoce prácticamente las dificultades de adquirir, fueron los trabajadores mas asíduos quienes llegáron á poseer los capitales mas grandes. De aquí proviene el oríjen de esa clase-média que ha destronado en Europa la gerarquía de los ráncios pergaminos para sustituirla por la gerarquía del saber, en las ártes como en las ciéncias, en la administracion como en el comércio. Conviene estudiar por qué razon no se ha formado entre nosotros esa clace social que es la prenda de una organizacion pública acabada, investigando al mismo tiempo cuáles pueden ser los médios adecuados á provocar su desarrollo.

La República del Uruguay forma parte integrante de la gran familia de los pueblos que se designáron con el nómbre de colónias hispano-americanas: su descubrimiento y conquista al igual del de todos, se verificó por hidalgos y caballeros que militando en España bajo las banderas de Fernando V ó de Cárlos, traían á estos pueblos los vícios y las virtudes de su tiempo. Gran desprécio al trabajo, mucha sed de oro, una supersticion relijiosa inconcebible, un valor guerrero sin límites y una audácia á toda prueba; tales fueron las dotes de los conquistadores

y primeros pobladores de estas rejiones. El carácter de los padres se trasmitió á los hijos: con la fuerza de una sangre vigorosa bien podia formarse una raza que no desmereciéra ni en las aspiraciones ni en los gustos con la de los fundadores. Andando el tiempo, las colónias trasformadas en naciones sacudieron el yugo de la metrópoli, pero si el poder español se fué, las costumbres de la aristocrácia que nos había gebernado quedaron. Nos encontramos el dia siguiente de la emancipacion con que éramos un pueblo de caballeros, completamente desdeñosos de lo que pudiera ennegrecer nuestras manos, y tan hábiles en decir galanterías y en buscar proezas como fecundos en inventar médios que revelasen la elevada alcúrnia de nuestra ascendéncia. El tiempo nos hizo pagar bien caro esta propension pueril de nuestras tradiciones de abolengo llegando á encontrarnos poseedores de grandes feudos territoriales que nada producian porque nadie los cultivaba, pero que persistíamos en sostener por un resto de aquel orgullo feudal que la España había fomentado en nuestros abuelos con sus donativos de encomiendas, y sus largas mercedes de tierras. Como corolário de todo esto ha resultado, que sin amor al trabajo y sin industria, la República rica por su território pero pobre por sus producciones ha caminado desde el dia de su independéncia hasta hoy, entre desgracias y catástrofes mas de cuarenta años de su vida.

No por que la esperiéncia haya hecho evidente la profundidad de estos males, se ha tratado con ahinco de ponerles remédio. La Nacion ha marchado como ha podido, y los gobiernos, careciendo de elementos radicalmente adheridos al órden en que apoyarse, han gastado su tiempo defendiendo el poder que el partido vencido ha tratado siempre de escalar. Por todas partes ha resonado el ruido de las luchas políticas, conmoviendo los espíritus y apocando el ánimo de las poblaciones trabajadoras con la incertidumbre del porvenir. Así es que nuestros progresos se han verificado del modo mas ilójico que pueda suponerse: unas veces son las dictaduras irresponsables quienes promueven el adelanto material é intelectual

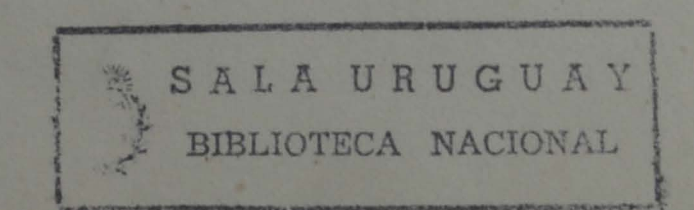
del pueblo, consiguiendo pasmosos resultados en brevísimo tiempo; otras veces son los gobiernos regulares quienes se oponen al desarrollo natural de los adelantamientos sociales, provocando discusiones estériles y contratiempos inesperados en los casos mas fáciles. La huella de esta intermiténcia se vé estampada en la fisonomía material de todo el país: al lado del mísero rancho que se ostenta como una tristísima muestra de la civilizacion primitiva, pasa precipitado el ferro-carril que enlaza en medio de largas distancias á pueblos bien apartados: si aquí se vé una ciudad, es necesario correr cuarenta léguas á la redonda para encontrar otra, sin que puedan abrigarse esperanzas de descubrir en el intermédio poblaciones que marquen la gradacion del progreso difundido de pueblo á pueblo. En los grandes establecimientos de campo donde las vacas se cuentan por millares, no se encuentra otro sistema industrial que el primitivo procreo voluntario de los animales, distribuidos á la ventura por su propio instinto.

Con motivo de la inseguridad permanente á que el país se halla sometido, nadie se crée autorizado á dar una vasta circulacion á los capitales: quien más quien ménos, desea labrarse un pequeño patrimonio para comprar una casa y evitarse de esa suerte el andar comprometido en negocios de industria, á los cuales se les llama con todo el desenfado de los resábios caballerescos, *quebraderos de cabeza*. El mecanismo de los bancos hipotecarios que debia ser vulgar en un pueblo donde la propiedad raiz es la única caucion de que se dispone para los negocios, permanece tan desconocido como una ecuacion algebráica en las tríbus de la Pampa. La agricultura anda en el pensamiento de muchos, pero apénas si se atreve á asomar su esbelta cabeza en algun palmo de tierra abandonada. Nadie quiere ser ni fabricante ni agricultor en estos tiempos, unos por miedo á lo que vendrá y otros por temor al *qué dirán*. Tenemos millares de leguas de tierras baldías que se prestan á todos los cultivos, y sin embargo compramos trigos á Chile y papas á la Francia. Tenemos millones de novillos y de ovejas, y la Europa nos envía el

cuero curtido para nuestros zapatos y los paños para nuestros trajes, porque de otra manera andaríamos con igual vestimenta á la de los indios primitivos de estas tierras, lo que vale decir que no usaríamos ninguna. Los mas insignificantes procedimientos de la indústria nos son totalmente desconocidos: si la Europa nos cerrase sus puertas, pereceríamos de necesidad á pesar de la falsa cuenta que llevamos de nuestras riquezas, de nuestra sabiduria y de lo que siempre estamos meditando hacer.

Nuestro saber intelectual corre parejas con nuestro adelanto material. Tenemos escuelas primárias gratuitas donde se aprende á leer y escribir, y una Universidad gratuita tambien en la cual se aprenden las profesiones de agrimensor y de abogado. Ningun otro taller intelectual donde el espíritu de la juventud pueda espandirse en las rejiones del saber humano, ha sido instituido por los gobiernos ó los particulares. Puede llegar momento en que los abogados y los agrimensores del porvenir, nos sorprendan con la novedad de un espectáculo de pujilato emprendido con motivo de los centenares de cólegas que la Universidad les lance con su insaciable afan: tendremas la concurrencia del *pró* y el *contra*, y las batallas del $a + b$. Con estos procedimientos se concibe muy claramente que léjos de formar una sociedad ordenada, estamos echando los cimientos de una asociacion desorganizadora. Así es que la Nacion en tantos años de existencia como cuenta no se conoce á sí misma: ni han procurado escribir su história, ni se ha enseñado su geografia, ni se han medido sus montañas, ni se han trazado sus caminos, ni se ha hecho otra cosa que reñir, á veces con provecho pero siempre con un rencor estraordinario, por cualquiera cuestion y en todas las circunstáncias. El mas grande de todos los obstáculos para el progreso nacional, es necesario decirlo por mas dura que sea la declaracion, hemos sido nosotros mismos: á nuestros estravíos debe el país su precária actualidad presente, y tal vez todos los sinsabores que le esperan en un porvenir demasiado nebuloso para que pueda abrirse juicio sobre él.

Tan amarga es la leccion de la esperiéncia en este caso,



que parece llegado el momento de aprovechar sus enseñanzas: ningun hombre sensato medianamente encariñado á las instituciones libres, puede mirar con indiferéncia la defectuosa condicion social de un pueblo cuyas querellas contínuas están labrando su ruina. Ni los frutos de la libertad, ni los goces lejítimos de una existencia tranquila pueden cosecharse sobre una tierra volcanizada por las revoluciones, donde los elementos conservadores del órden se vuelven á cada instante contra el órden mismo. El sentimiento público se ha desviado de las huellas naturales donde debian encaminarle el deseo de la prosperidad y de la paz, para lanzarse á la agresion airada con que el estravío de las pasiones convida siempre á los espíritus en efervescéncia. El hombre de trabajo á quien una conmocion y otra han concluido por arrebatarle su bienestár y su fortuna, se convierte por la desesperacion en un enemigo mas de la estabilidad. Cunde el mal ejemplo en todas las clases, y cada uno deja al cuidado de quien le sigue en el órden de la desgrácia, el trabajo de buscar los médios que sirvan para ponerla un fin. La intensidad del peligro á que la Nacion queda sometida es incalculable: en lo que dice relacion con los negocios políticos hay motivos bastantes para esperar que la fé en las instituciones democráticas se pierda, puesto que es á la sombra de ellas que todos estos males se producen: en lo que concierne al órden social, nada mas desconsolador que esta subversion de princípios y esta instabilidad de situaciones que paralizan el trabajo, matan la indústria y constituyen una verdadera negacion del progreso. A seguir por la misma huella de la manera conciente con que empezamos á hacerlo, concluiremos por consumar todas las inmoralidades.

Bajo pretesto de que los intereses materiales prostituyen el alma con la pasion de un positivismo detestable, estamos formando una escuela de sofistas que concluirán por santificar la haraganería. Si el progreso material se efectúa y á su consecucion tienden todos los esfuerzos de las sociedades modernas, no es porque la sociedad esté pervertida ni porque su ideal sea el becerro de oro, sinó

porque en los adelantos materiales radica la fuerza de la espécie humana, y á medida que el cuerpo se libra de las incomodidades de la miséria, el alma se espande con mas ahinco en las rejiones del pensamiento. « Alma sana en cuerpo sano » dice una máxima que ya no está en boga, y esta verdad reasume la idea que guía los esfuerzos sociales. Arránquese de la miséria en que viven á los proletarios europeos ó á los *rotos* de Chile, póngaseles en aptitud de habitar una vivienda cómoda, de leer libros instructivos en las horas de reposo, de trabajar en limpios talleres en las horas dedicadas á la fatiga, y se verá como esas intelijéncias se dignifican y esos espíritus conturbados por groseras ideas se aquietan y se espanden. Por otra parte, no es posible que la sociedad rejida por leyes eternas, asentada sobre bases inconmovibles, guiada por principios que han salvado incólumes de todas las revoluciones, pueda equivocarse en la concepcion de sus destinos y permanezca siglos y siglos persiguiendo ideales que no se encuadran con la solucion definitiva de su felicidad futura. Habria algo de profundamente ilójico en la obra del supremo Creador si los instintos del ser racional no fueran la espresion de la voluntad divina, ni tradujeran los sentimientos predominantes en el hombre bajo todas las latitudes y en cualquiera de los países do se encuentre. Seria absurdo que el instinto de conservacion no diese oríjen al deseo de conservarse; que el sentimiento de lo desconocido no hiciese nacer el deseo de saber y progresar; que la ambicion á un lejítimo reposo no estimulase al trabajo, al ahorro, á la economía en el presente, para dar lugar á los goces en lo futuro. El hombre viviria bajo el poder de una ficcion despreciable si todo lo que siente, desea y quiere en lo íntimo de su alma, si todo lo que su razon no rechaza ni su conciencia condena le fuera perjudicial en la vida, y llegase un dia en que debiera convencerse de haber errado acatando lo que crée justo, moral, digno, providencial, útil. No! la sociedad no se engaña cuando trabaja y cuando ahorra, porque en las riquezas que acumula hoy, está el bienestar de las generaciones de mañana.

Bien que los goces de la tierra sean pasajeros y nuestra morada en ella transitória, no por eso dejamos de cumplir la mision que tenemos: nacidos bajo el império de la ley del sufrimiento y el trabajo, aspiramos por contraposicion á los goces y al descanso. Tal vez esos goces no sean completos ni con mucho, es probable que ese descanso sea harto bréve ¿pero qué hacer si no nos es permitida otra cosa? Se pregunta á la Economia política la razon de tantas pénas y tan exíguas compensaciones; se la acusa de no dár solucion al problema del destino del hombre así en su faz visible como en la faz oscura que la muerte vela ¿y puede ella responder satisfactóriamente? ¿podria álguien hacerlo en su lugar? Todas las ciencias tienen por obgetivo la investigacion de la verdad, pero la verdad no se revela á los esfuerzos de la intelijencia humana sinó hasta cierto límite: mas allá de la valla opuesta á nuestras facultades, todo es impenetrable. Contentémonos con observar lo visible, con estudiar los hechos para deducir las consecuéncias que de ellos se deriven, pues á esto se reduce nuestra mision. Si el hombre está destinado al sufrimiento y al trabajo en la tierra, cuanto ménos sufra y ménos trabaje mayores serán sus goces. El progreso económico tiende á realizar este ideal, tiende á disminuir las pénas aumentando las satisfacciones: luégo, bendigamos ese progreso que redime de la miseria á nuestros hermanos.

En hora buena crean los moralistas que la adquisicion de las riquezas prostituye el alma, ellos que escriben semejantes cosas al abrigo de sus necesidades materiales satisfechas: en hora buena haya pretendidos estoicos que engalanados con magníficos trajes van predicando por los salones la prostitucion del siglo, ellos que son apóstoles en cuya propaganda brilla el ejemplo por su auséncia: lo cierto es que tan vulgares proposiciones no pueden hacer éco entre gentes sensatas. El progreso material de la humanidad es lójico porque obedece á sus instintos própios y no contradice sus tendéncias. Si la existencia humana no reposára sobre bases completamente materiales, si el alma de cada hombre no fuese una fuente inestinguible

de deseos, se comprende y se esplica que el trabajo fuera una pena inútil, que la adquisicion de las riquezas fuese un acto de avaricia y que todo hombre deseoso de trabajar y de adquirir, no representára mas que una sórdida conjuncion de intereses mezquinos atropellándose por saciar bastardas aspiraciones. Pero cuando se considera que la ley del trabajo es la condicion ineludible de la vida, que aquel que no trabaja no come y el que no come muere, es grotesco atacar esa tendéncia de la humanidad á poseer bienes materiales en cuya adquisicion vá su existencia, y de cuyo ahorro depende su bienestar futuro.

Además, fuera de la riqueza ¿ hay alguna otra combinacion que pueda concluir con la miseria ? A aquel que sufre hambre ¿ se le mejorará de condicion sin darle alimentos ? Al que sufre frio ¿ se le podrá consolar sin darle ropas ? La miséria es la abyeccion : abyeccion del cuerpo que se debilita, se quebranta, se envícia : abyeccion del alma que se materializa, se empequeñece, pierde la conciéncia de su ser, y se atrofía en el lodo de las pasiones brutales. Elíjase desde luégo entre la miséria que envilece ó la riqueza que cura la miséria ; entre el malestar del cuerpo y del espíritu que producen la caida del hombre, ó el bienestár de ambos que dignifica sus pasiones y le devuelve la conciéncia de su superioridad. Los ejemplos de la esperiéncia prueban demasiado que la humanidad no se equivoca cuando tiende á adquirir riquezas por médio del trabajo : ahí están las razas indias con sus preocupaciones relijiosas de inmovilidad y de eterna contemplacion del infinito, sumidas en la mas crasa ignoráncia y la mas deplorable miséria. Ellas creyeron que era mejor estar sentado que de pié, acostado que parado, muerto que acostado, y por prémio á sus desvelos no encuentran hoy otra heréncia que la pobreza, la esclavitud, la ignoráncia, y en suma, la postracion del espíritu y el desprécio por sí mismas. Despues de todo ¿ podrá acusarse á la sociedad trabajadora de ilójica cuando tan firmemente se ha conducido, y se la podrá tachar de egoista cuando tanto se esfuerza ella por encontrar el remédio de sus males dentro de sus própios recursos ? El hombre orando rinde un

homenaje á Dios, pero el hombre trabajando demuestra el acatamiento práctico de las leyes del Creador, la conformidad con su destino y el cumplimiento de los deberes que se impone á sí mismo en virtud de esas leyes. Sean cuales fueren las acusaciones que se hagan y las dudas que pretendan suscitarse, el progreso económico es la espresion del cumplimiento de un plan providencial cuya tendéncia visible conspira á minorar los sufrimientos generales, universalizando el bien. A medida que la sociedad progresa, la miséria retrocede: á medida que el bien se estiende, el mal se restringe y los destinos del hombre empiezan á vislumbrarse en una esfera mas dilatada.

Un espíritu exajerado podrá encontrar tal vez mucho de positivo y poco de ideal en esta clase de razonamientos pero las necesidades humanas que solicitan pronta satisfaccion por médio de hechos y no en virtud de palabras, tienen un modo de espresarse demasiado enérgico para que no conviden á sérias reflexiones en virdud de sus reclamos. Lanzado el hombre á la tierra en estado de desnudez y de miséria encontró aquí abajo todo cuanto necesita para su sustento, pero se ha visto precisado á buscar en la escasez de sus fuerzas los elementos con qué vencer á una naturaleza tan rica en dones como rebelde á las súplicas. Toda la vida del sér racional está destinada al trabajo, y las generaciones que se suceden no dejan otro rastro trás de sí que el de una conspiracion constante de la intelijéncia contra la matéria, de la labor activa del hombre contra la esquivez de los dones naturales, de la miséria fatal de la humanidad contra la riqueza exuberante de la naturaleza creada. Y lo que se relaciona con los indivíduos es igual á lo que concierne á los pueblos, que no son otra cosa que una agrupacion de individualidades. Es imposible prescindir de la riqueza individual cuando se quiere tomar en cuenta la riqueza pública, única condicion de libertad para las naciones. Por que es cuestion averiguada que un pueblo arruinado es un pueblo esclavo; mientras que un pueblo opulento no está sujeto ni á los vejámenes de los estraños á quienes nada debe, ni á las sujestiones de los partidos sin pudor que todo se lo prome-

ten á cámbio de revoluciones, y nada le cumplen despues que han escalado el poder público.

En preséncia de la cruel situacion que nos agóbia, es necesario que el país se esfuerce por entrar en las vías regulares de una labor ordenada. Todos nuestros conatos deben tender á la estimulacion y al fomento del trabajo, para que se forme definitivamente una clase-média social que hoy no existe, y cuya falta se hace mas sensible á medida que los trastornos políticos se tornan inevitables en períodos cada vez mas cortos. Si no rompemos con las tradiciones de caballeresca holgazanería que han concluido por traernos al estado presente, quedaremos relegados á una inferioridad muy dolorosa en el órden social y político, cuando queramos establecer paralelos entre los pueblos que nos rodean y el nuestro. La Nacion necesita entrar en el camino de grandes reformas: necesita traer inmigrantes escojidos que formen un núcleo respetable de obreros intelijentes y de agricultores adelantados : necesita fundar escuelas de cormercio que nos prepáren comerciantes sólidamente instruidos ; necesita fundar escuelas de ártes y oficios que nos eduquen una generacion de obreros y artífices : es necesario un número de ingenieros civiles y agrónomos, que no puede obtenerse si no se funda una escuela de ingeniatura. Hay necesidad de reformar nuestras tarifas aduaneras, libertando á los frutos del país de los enormes derechos con que se les ha recargado, á fin de fortalecer el poder productivo nacional. Hay urgéncia en que se funden bancos hipotecários, para dar movilidad á los capitales estagnados entre los cimientos de la propiedad raiz : es urgente tambien que los distritos agricultores puedan encontrar alivio á sus cargas por médio de los bancos rurales que se establezcan en ellos. Ningun estimulante debe dejarse en olvido para conseguir la victória del trabajo, sobre las costumbres de holganza que desgraciadamente nos arruinan : desde la formacion de jardines públicos donde se ensaye el cultivo de la plantas y semillas útiles, hasta la creacion de establecimientos especiales donde se ensaye el cruzamiento y la mejora de las razas animales, todo es conveniente. Pongamos mano á la obra con

energía, por que la necesidad de hacerlo es apremiante. Todas las naciones delmundo, como vamos á demostrarlo en seguida, han tenido que refujiarse en el trabajo asíduo y constante para asegurar su libertad ; y cuando no lo han hecho, han caido en la mas triste esclavitud.

II

El desarrollo progresivo de la clase-média al través de las vicisitudes del tiempo, es el episodio mas interesante que puede ofrecer la história de la humanidad. Esa lucha del trabajo contra todas las estorsiones, esas victórias de la indústria contra el poder militar de los potentados, son espectáculos que confortan el espíritu y demuestran á las intelijencias pensadoras cuán profundo es el surco que á vueltas de insistente perseverancia ha podido hacer en la tierra el progreso humano. Vamos á asistir por médio de una rápida ojeada histórica, á la formacion, al progreso y al triunfo de la clase que en su enfático lenguaje designaron los políticos del siglo XVI con el nombre de *tercer estado*, y el cual sin que ellos lo presumieran traía en gérmen todas las reformas sociales y todas las concepciones del derecho moderno que hoy constituyen el programa de las sociedades nuevas. Se puede admirar en el curso de esta evocacion á lo pasado, la perseverancia gloriosa con que los pueblos prosiguen las huellas á veces sangrientas y á veces luminosas del progreso, sin que las interrupciones impías del despotismo sean suficientes á estinguir el esfuerzo de la voluntad humana, que á semejanza de Anteo

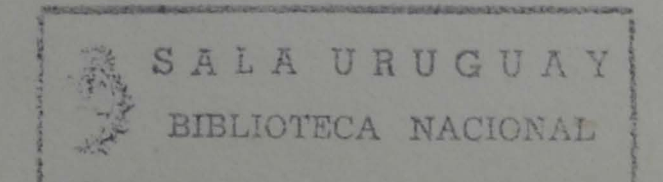
se levanta con nuevo vigor cada vez que la derrota la vuelca sobre la arena de la lid. Bien que en algunas épocas la magnitud de la opresion gubernativa sea tan estensa que deje percibir apénas la posibilidad de vivir bajo su yugo, no por eso los pueblos se detienen en la prosecucion de su camino; y si en una parte del mundo mírase languidecer el ánimo de la humanidad que progresa y trabaja, en recompensa se siente el movimiento contrário en cualquiera otro estremo donde la libertad de accion es permitida. De todo esto se desprende una elevada filosofía que demuestra hasta qué punto es poderoso el hombre, cuando dueño de sí mismo opone la virtud del trabajo constante y asíduo, á las maquinaciones de todas las tiranías y á las absurdas combinaciones de los sistemas retrógrados. La formacion y el desarrollo de la clase-média que vamos á bosquejar á grandes rasgos, es una leccion filosófica que deben aprender todos los pueblos, porque la causa que en ese largo período histórico se debate, es la causa de la humanidad.

La antigüedad mas remota no nos presenta ejemplos sobre los cuales pueda fundarse una apreciacion exacta de las cosas, á causa de la exajeracion de las opiniones y de la vaguedad de los datos que constituyen la base de los trabajos legados por los primeros historiadores. Epocas de latrocinio y de conquista donde el criterio de la humanidad se formaba por la adoracion de la fuerza, no son los tiempos primitivos de la sociedad los que puedan prestar un esclarecimiento mas seguro á las investigaciones científicas. Se sabe sin embargo que el peso de los tributos estaba en razon directa de la ignorancia de los tiempos, y que la caréncia de un órden regular en el gobierno hacía de las nacionalidades un conjunto dividido en esclavos y señores. Los pueblos antíguos empezáron como tríbus nómades que bajando desde el Norte y el Oriente hácia el Mediodia y el Oeste, dominaron otras tríbus allí existentes: hiciéronse dueños de los dominados; individualmente les esclavizáron, colectivamente les hicieron tributários, y hé aquí los dos primeros grandes elementos de las antíguas imposiciones. Mas adelan-

te, la esplotacion por esclavos de las minas de metales finos fué otro manantial de riqueza para los dominadores. Por manera que los primeros impuestos que el mundo reconoció fueron la esclavitud, el producto de los pueblos sojuzgados y las minas (1). No es difícil comprender desde luégo que las contribuciones basadas sobre tales elementos acusan una ignorancia completa del árte de gobernar á los hombres equitativamente. En las sociedades antíguas no habia un elemento intermediário entre las clases elevadas y el estado llano, que contuviese los avances de las primeras y neutralizase la miséria del último: todo se reducía á ser amo ú esclavo.

Cuando se formáron los grandes impérios que reasumieron las tríbus errantes y las pequeñas nacionalidades para darlas una forma mas consistente y civilizada, la condicion social si no mejoró para las clases pobres, á lo ménos fué mas segura, basándose las exacciones en cierto sistema de órden. Vemos que bajo el Império ejípcio, á pesar de existir la esclavatura, ya habia nacido y progresaba una clase social bastante numerosa para merecer la imposicion de un tributo: así fué que sobre la pesca y sobre los frutos de la tierra se creó un impuesto, tendente á sufragar en buena parte los gastos de la administracion pública. Del mismo modo que los ejípcios, los impérios de Asiria, Media y Babilonia echaron impuestos sobre los productos de la tierra, miéntras que tambien los imponian con dureza á los pueblos conquistados, cobrándolos ya en metálico, ya en animales y á veces hasta en doncellas y eunucos. Despues que el órden político de la antigüedad fué trasformado por el poder absorbente de los persas, quedáron los tributos en el mismo pié. Darío rebajó sinembargo la mitad del importe de los que se cobrában en sus domínios, despues de haber hecho formar un censo de todas las tierras de la nacion. Por lo que se vé, si bien habian ganado los pueblos antíguos en la trasformacion que se siguió de su existencia de tríbus errantes á su ascencion al rango de

(1) Luis M. Pastor — *La Ciéncia de la Contribucion.* Tom. I cap. I páj. 5.


SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL

naciones poderosas, no correspondía el esplendor de su progreso político con la penúria de su estado social. Provenía este hecho de una tendéncia muy marcada que imprime su carácter á aquella época: el desprecio al trabajo.

Es imposible recorrer las históras de las primeras grandes nacionalidades, sin apercibirse inmediatamente de la antipatía con que el trabajo era mirado en ellas. Se imponía á los esclavos y á los pueblos conquistados el deber de trabajar, como el mayor de los castigos á que pudiera sujetarse á la creatura humana. Se despreciaba á los trabajadores considerándoseles naturalezas viles, indivíduos incapaces de alimentar en su espíritu la pasion de la glória militar y el valor salvaje que conduce á las proezas de la guerra, única aspiracion preconizada en aquellos tiempos y únicas dotes exijidas para llegar á las encumbradas posiciones del Estado. Aun los mismos gobernantes que destinaban alguna atencion á la mejora de los intereses materiales de sus pueblos, eran mirados de reojo: entre los persas, Dario mereció el apodo de *Mercader* por haber rebajado la mitad del impuesto á sus súbditos. Las clases trabajadoras, pues, nacieron en la esclavitud y murieron en ella durante centenares de siglos: su condicion esclava no las libró, sin embargo, de los malos tratamientos oficiales, porque á la opresion individual tuvieron que agregar el desprécio público y los duros tributos exijidos á sus esfuerzos. Cuando el total de las contribuciones pedidas por la autoridad no podia cubrirse en espécie amonedada, era necesario deshacerse de los animales domésticos de trabajo y de los instrumentos para llenar la cuota prescrita, y si asi mismo esto no era bastante, entónces se entregaba una de las doncellas de la familia para el serrallo, ó siempre que se prefiriese el cámbio, podia verificarse enviando un jóven que despues de sometido á una operacion infame se le destinaba á hacer la guardia de aquel lupanar oficial. Tal fué el estado de la sociedad antígua, que los babilónios y los médos entregaron á los persas, y que estos no elevaron ciertamente al grado de civilizacion positiva que correspondia con su ruidoso esplendor político.

Derrotado el poderio de los persas por las victórias de Milciades, Auribiades y Cimon, que prepararon la retirada de Xenofonte é hicieron fácil la conquista de Alejandro, un nuevo órden económico surgió con las repúblicas griegas. Esparta y Atenas dividiéndose por mitad la suerte de la Grécia, imprimieron en sus domínios el sello de las costumbres que deseaban perpetuar y la tradicion del sistema que necesitaban seguir. Lacedemónia fundó su organizacion social sobre la esclavitud del pueblo y la holganza de unos cuantos elejidos: Atenas preconizó tambien la esclavitud pero desdeñando el trabajo como una ocupacion vil, no lo proscribió en sus leyes, ni se impuso la obligacion de despreciar sus rendimientos. De aquí resultaron para esta última nacionalidad progresos muy grandes, cuyos testimónios reales dieron oríjen á observaciones notables por parte de escritores esclarecidos. Platon describió con mano maestra las ventajas de la division del trabajo: Aristóteles difinió la moneda é hizo patente con una fuerza de lójica que no le ha arrebatado hasta hoy escritor alguno, la utilidad incontestable de las clases médias para la paz y el progreso de las naciones: Xenofonte apuntó las consecuencias de la usura, precaviendo á los gobiernos contra el espíritu de monopólio. Estas ideas que se abrian paso por entre el mundo griego, debieron quedar sin embargo fatalmente relegadas al desprécio tan luégo como el brillante período de la grandeza helénica llegó á los límites de su corta duracion; porque un poder bárbaramente formado sobre el ciego espíritu del militarismo y la conquista, se arrojó á la absorcion del Universo conocido. Tras de Grécia apareció Roma.

La organizacion social de los romanos como todo aquello que reposa sobre el poder de la fuerza bruta, fué un manantial de inmoralidades. El nómbre de República con que ornamentaron los ocho primeros siglos de su ominosa tiranía, fuera el descrédito de la democrácia si pudiera concebirse una repúbica semejante. Dividida la nacion entre patricios y plebeyos, los primeros no encontraron otro ideal que la glória de las armas, y los segundos no supieron más que uncirse al carro del vencedor ó su-

blevarse en demanda de subsistencias y de tierras. Las disposiciones económicas de la República romana son la sancion del robo : en sus primeras luchas con Cartago se publicaron edictos que decian : « los pueblos comerciantes deben trabajar para nosotros; nuestro oficio es el de vencerles y exijirles impuestos. Continuemos la guerra que nos hace señores suyos, ántes que dedicarnos al comércio que les hace esclavos nuestros. » Sus ideas relijiosas eran tan despreciables, que levantaban templos á *Jovi proedatori* (Júpiter ladron). Sus depredaciones son tan inauditas que la história se estremece al enumerarlas: el saqueo de Siracusa, el saqueo de Tarento, el saqueo de la Siria, el saquéo de las ciudades de Numidia, y los saqueos de Paulo Emilio cuyo carro triunfal fué seguido por doscientas y cincuenta carretas llenas de oro y plata. Manlio robó el Asia menor, Semprónio la Lusitánia, Flaco la España. Sesenta ciudades del Epiro fueron saqueadas y destruidas por las lejiones romanas (1). No podia, pues, un pueblo semejante, establecer su dominio sobre bases de moralidad administrativa, cuando el culto de todas las pasiones inmorales era lo que constituía la relijion de sus deberes. La holganza para los de arriba y la esclavitud para los de abajo, fué el obgetivo de esa política romana que tanto se nos ha enseñado á ensalzar en la falsa educacion clásica de nuestros colejios. Como era natural, aquella armazon carcomida tuvo que hacer plaza á un nuevo órden de cosas, y el Imperio de César y de Augusto, sinó mas moral á lo ménos mas organizador, recojió la heréncia de los que habian comenzado su vida robando las mujeres de sus vecinos, y la concluyeron haciendo una conjuracion armada para no pagar las deudas que contrajéran en ocasion á las saturnales con que enlodaban su vida en los últimos tiempos.

El Império trajo ideas de administracion que no se habian conocido bajo la República, Se hizo un censo general de la poblacion, se cobraron los impuestos con mas órden, se organizaron las aduanas, y se estableció la unidad ad-

(1) Blanqui—*Historia de la Economía política en Europa*—cap. V. pj.39.

ministrativa en todo el domínio romano : sin embargo, se conservó la esclavatura, porque el pernicioso ejemplo de una tradicion seguida fielmente era superior á todo razonamiento en contrário. Roma dió entónces una remarcable evolucion política, que la permitió progresos efímeros para preparar su decadéncia total. Los emperadores comprendieron desde Augusto, que los límites del Imperio habian ido demasiado léjos para que el entusiasmo de las conquistas no fuese sustituido por el interés de conservar lo conquistado, y asi se dedicaron á la obra de una organizacion administrativa que no fué descuidada ni aún en los dias oprobiosos de Caracalla y Heliogábalo. Por otra parte las necesidades siémpre crecientes de un pueblo que consumía mucho y no producía cuasi nada, humanizaron las medidas contra la industria modificándolas en un sentido favorable á la comunidad. Asi, se establecieron almacenes públicos para la venta de los trigos, mas tarde se premió la importacion de granos, despues se reedificaron los puertos de Ostia y de Terracina y por último se capituló con los comer ciantes de granos á los cuales hasta se les dieron prémios en tiempos de Neron, por causa de las terribles hambre que solo ellos podian atenuar en los momentos de una caréncia asombrosa de subsisténcias. Pero la hora de decadéncia habia sonado para Roma, y la humanidad necesitaba reivindicar sus derechos abatiendo aquel coloso en cuyo seno la esplotacion del hombre por el hombre, se había elevado á la categoría de un principio de gobierno. Nuevas aspiraciones se sentían y nuevos horizontes debian abrirse para el mundo con la propagacion del cristianismo : él fué quien se sustituyó á la tiranía romana dignificando al sér racional con los elementos que habían servido para tiranizarle.

Se comprende sin esfuerzo la estraordinaria reforma que debia traer al mundo, una doctrina que proclamaba la igualdad de todos los hombres en médio de una sociedad donde la gerarquía de las castas habia llegado al delirio del orgullo, y dónde la mayoría de los seres humanos sometidos á la esclavitud habia descendido de la condicion de individuos á la categoría de cosas. Reco-

mendaban los primeros pastores cristianos el amor á Dios y á los hombres, el apartamiento de las voluptuosidades de la carne, el espiritualismo en las aspiraciones, las virtudes modestas que tienen su asiento en el hogar paterno; y sobre todo, la caridad que en el órden moral se manifiesta con la paciencia, la bondad, la paz, el gozo, la felicidad, la dulzura y la templanza; y en el órden material con la limosna: sacrificio voluntario que no puede concebirse sin la existencia de la propiedad individual (1). La sociedad se sintió empujada entónces por la fuerza irresistible de principios nuevos que anunciaban una rejeneracion inmediata en las leyes, en las costumbres y en las creencias que hasta ese momento la habian rejido. El individuo no fué ya el siervo que constituía con otros de su espécie la propiedad de un señor, ni el Estado espresion de la fuerza de unos cuantos señores, fué por mas tiempo el refújio de los grandes y el azote de los humildes: en el órden material quedaron deslindadas las atribuciones y los deberes de cada uno, y en el órden moral quedaron todos sometidos á la justicia suprema de la divinidad. Aquella doctrina que bajo el reinado de Tiberio César habia predicado un solitário salido de Bethlehem, se establecía por fin en la práctica para abrir horizontes nuevos al porvenir del mundo y á los destinos del hombre. Y un dia no lejano Alarico con sus bárbaros y Ataulfo con los suyos, salieron de los confines de la Europa para pulverizar el poder de Roma, pero encontraron que otro poder mas fuerte que el de los emperadores sujetaba su brazo y convertía su espíritu á una nocion civilizada y prudente de la libertad: era el poder del sacerdote cristiano.

La influencia del Cristianismo como doctrina, como ejemplo y como ley, fué decisiva para la civilizacion del mundo. A él se debe la manumision de los esclavos, la abolicion de los sistemas oligárquicos de gobierno que prepararon la caida de las repúblicas griegas, el principio de tolerancia, introducido por la prédica de la caridad y del amor al prójimo: el progreso del saber, favorecido

(1) A. Sudre.—*Historia del Comunismo* Cap. V páj. 34.

por la reunion de los concílios donde acudian todos los sábios y por la institucion de los conventos, donde se refujiaban los hombres mas ilustres, donde se guardaban los monumentos mas preciosos de la sabiduría antígua, y donde se formó la indústria sobre bases científicas de observacion y de procedimiento. Al Cristianismo se debe además esa pasion indescriptible con que supo contaminar á todo lo que le rodeaba, esa fé con que inyectó en las venas de una sociedad decrépita las ambiciones mas gloriosas y mas caballerescas, rejuveneciendo al mundo por la fuerza de sus ideas nuevas. Así, en once siglos de trabajo el principio cristiano derroca el poder de Roma, domina y civiliza á los bárbaros, liberta á los esclavos, dignifica el trabajo menospreciado y forma las grandes nacionalidades de la Europa que concurren poderosamente á la civilizacion universal. No es estraño, pues, que en el siglo XI á la voz de un humilde fraile el mundo europeo se conmueva, y emprenda por ministerio de su fé la epopeya sin rival de las Cruzadas. Este servicio prestado á la civilizacion de Occidente en holocausto á las tradiciones del Oriente, tiene más importancia que la que en general se le atribuye: las Cruzadas contribuyeron poderosamente al progreso humano, porque facilitaron la navegacion, la indústria y el comercio; subdividieron la propiedad arrancándola de manos del feudalismo para entregarla á la clase média, echaron las bases de aquellos establecimientos comerciales del esterior que tan fecundos resultados dieron á la Europa, y por fin tuvieron una influencia decisiva en el órden regular de las nacionalidades occidentales, desde que las libraron en mucha parte del poder feudal que no las permitia organizarse.

Al estruendo de las armas que caracteriza el siglo XI, debia suceder bien pronto una emocion de otra naturaleza. La clase média que habia ascendido lentamente en el nivel social, encontró el momento propicio de hacer sentir su influencia rejeneradora, y á pesar de las turbulencias de la época se formó en el siglo XII la *Liga Hanseática*. Esta Liga comenzó por la alianza comercial de las

ciudades de Hamburgo y Bremen, que bien pronto hicieron sentir su poder al punto que muchas otras ciudades se las incorporaron, arrastradas por el prestijio de la prosperidad comercial y política que la Liga gozaba. Antes del final del siglo XIII, la Liga comprendía todas las ciudades importantes situadas entre el Vístula y el Escalda, y su poderío era bastante grande para contrabalancear el de los monarcas mas pujantes. La Liga alcanzó su mas elevada gerarquia de esplendor y de poder durante los siglos XIV y XV: ella comprendia entónces unas 85 ciudades confederadas, divididas en cuatro circunscripciones ó distritos presididos por Lübeck, Brunswick, Colónia y Dantzick, 40 ciudades aliadas entre las cuales figuraban Stocolmo y Amsterdam, y un cierto número de otras con las que solo había concluido tratados de comercio. Gracias á su preponderancia por mar y por tierra, la Liga reprimió la piratería y el bandidaje que no hubiéran hesitado en volver á sus proezas, si su poder no hubiese sido quebrantado ántes que la civilizacion se asentára sólidamente. Ella habituó á los ciudadanos al império de las leyes y ofreció constantemente á sus ojos el ejemplo de los buenos efectos de un gobierno regular y obedecido. Ella introdujo en sus costumbres los goces y las comodidades de la vida que sus antecesores habian ignorado ó menospreciado, y les inspiró al mismo tiempo el gusto de las ciencias y de la literatura. Ella hizo en fin por los pueblos del Báltico lo que la Fenicia habia hecho en tiempos mas antiguos por los del Mediterráneo, y mereció como los fenícios el ser colocada en el primer rango de los bienhechores de la humanidad. (1) Este ensayo de la clase média fué tan feliz y tan profícuo que llena cuasi cuatro siglos de la história, y por mas que un poder absoluto se presente en pos de él á coartar sus progsesos, la fuerza impulsiva había sido bastante enérgica para subordinarse á una retrogradacion violenta.

Coincidió por otra parte con este saludable movimiento que venia del Norte, otro no ménos provechoso que surgió en el Mediodia de la Europa. A los progresos de las

(1) *Dictionnaire de l'Ec. polt.*—Ligue Anseátique.

ciudades hanseáticas se juntaron los nobles esfuerzos de las repúblicas italianas cuya históría forma una de las pájinas mas bellas de las conquistas morales y materiales del hombre. La clase média en Florencia, en Venécia y en Génova empezó á mostrarse tan poderosa desde el siglo XII, que consiguió supeditar el poder de la aristocrácia: la nobleza entregada á la ociosidad vió con dolor pero sin conseguir oponerse á ello eficazmente, que sus priviléjios caían en el desprécio y que el lustre de sus blasones no era tanto que deslumbrára los ojos de las multitudes entregadas al trabajo. Estados pequeños en territorio, las repúblicas italianas no podian ensayar afortunadamente el sostenimiento de una organizacion social posada sobre la base de las oligarquías militares, que constituía por entónces el feudalismo en todas partes. Se fundaron pues, aquellas nacionalidades sobre un plan político igualitário, y arrojada del poder la nobleza, entró á rejir los destinos públicos la clase média. El gobierno se compuso de comerciantes á quienes muy luégo trasformó en hombres de estado la práctica de los negocios y el conocimiento de las necesidades públicas; resultando de su habilidad la nocion de las primeras ideas sérias de hacienda que tuvo la Europa. El comercio fué ennoblecido como profesion y como médio único de ocupar el poder, y por primera vez se vió con asombro que los fabricantes de telas y los buscadores de matérias primeras al través de los mares, eran tan aptos para juntar capitales como competentes para dirijir la marcha de un Estado. La glória ociosa de la espada dejó de ser el ideal apuntado á la juventud como el mas grande, y señalado á la vejez como el mas respetable, sin que por esto se crea que faltaron á aquellas repúblicas de comerciantes, ni capitanes espertos ni guerreros valerosos para defender sus derechos, cuando los creyeron atacados y tentaron á derimir sus contiendas por la fuerza de las ármas.

La prosperidad á que se elevaron Florencia y Génova puede valorarse por los siguientes datos: en el siglo XIV Florencia tenía treinta hospitales con mil camas para los enfermos y para los pobres; mas de doscientas escuelas

donde 10,000 niños aprendían á leer, y favorecia las artes asignando recompensas espléndidas al génio de los pintores, de los arquitectos y de los escultores: en cuanto á la prosperidad de su comercio, baste decir que se contaban doscientas fábricas de tejidos de lana que producian anualmente unas ochenta mil piezas de paño, cuya venta aseguraba salários á mas de 30,000 obreros; miéntras que ochenta escritorios destinados al comercio de banca favorecian por todas partes el descuento y el crédito. Por lo que respecta á Venécia su carrera industrial y de comércio no fué ménos brillante: comenzaron los venecianos por vender sal; despues estrajeron los productos agrícolas del Norte de Italia y buscáron en el Mar Negro los de Turquía, Rúsia y Pérsia. En el siglo XV solo en su arsenal ocupaba Venécia 16,000 obreros y 36,000 marineros: la marina mercante no mantenía ménos de 3,000 barcos que importaban y esportaban los productos cambiados, esplorando sucesivamente los puertos del Mar Negro, los de Síria y de Ejipto, y visitando de escala en escala todas las plazas del Peloponeso, del Asia Menor, de Chipre, de Cándia y del archipiélago griego. (1) Esta prosperidad que el génio de la cláse média hizo surgir en Europa, debía naturalmente traer un movimiento estraordinario en lus ideas, y fué tal el que produjo, que la época de los descubrimientos en la navegacion y en las ciencias vino á coronar el de los adelantos en el comercio y en la industria. Casi sucesivamente se efectuó en aquel siglo el descubrimiento de la imprenta, la invencion de la pólvora y el encuentro del Nuevo Mundo.

El descubrimiento de la América debía traer á la humanidad mutaciones muy sensibles en la marcha de sus destinos, y á la indústria retrocesos muy grandes en la conquista de sus progresos. Por un capricho de la fortuna el navegante audáz que buscaba tierras desconocidas en la prolongacion del Continente asiático, deslumbró con sus ofertas á los monarcas españoles que adhirieron á sus proyectos, sin saber uno y otros que les estaba reservado

(1) Blanqui—História de la Ec. polt. en Europa. Cap. XX. págs. 148 y siguientes.

al primero el descubrimiento y á los segundos la conquista de todo un mundo. Para desgracia universal, aquel poder que la Providencia ponía en dominio de España, asi como fué benéfico en manos de los reyes católicos, llegó á ser terriblemente funesto en las del estrangero que les sucedió mas tarde. Las ideas que por otra parte habían dado oríjen al consentimiento oficial para los viajes de Colon, estaban calcadas sobre la creencia del hallazgo de grandes sumas metálicas, sueño muy persistente entónces en cuasi todos los hombres de aquellos tiempos, que hacian consistir la riqueza en la mayor acumulacion de metales; y es por esto que el Nuevo Continente no se prestaba á ser mirado sinó como un filon esplotable. Un libro bastante célebre ha reasumido en conceptos enérgicos la idea precursora y el fin dominante del descubrimiento de la América: «Un proyecto de comércio con las Indias Orientales dió ocasion al primer descubrimiento de las Occidentales: otro de conquista motivó los establecimientos de los españoles en aquellos países nuevamente descubiertos: el interés político que fomentó estas conquistas fué una empresa de buscar minas de oro y plata; y una série de prodijiosos accidentes que no era capaz de prever ni penetrar la prudéncia ni la política humana mas perspicaz, hizo el proyecto mucho mas feliz de lo que pudieron aun soñar ni prometerse con razonables esperanzas sus mismos emprendedores.» (1) El continente que Colon acababa de descubrir vino á dar á la España la mas grande porcion de territorio que haya conocido ninguna nacion bajo su cetro, y la ascencion de Cárlos V al trono en reemplazo de su madre doña Juana, hizo á aquel monarca el mas poderoso de la tierra para infortunio del mundo.

Como consecuencia del movimiento impreso á la Europa por la Liga hanseática y las repúblicas italianas, la sociedad europea marchaba pacífica y tranquilamente á la conquista de la libertad industrial, y desarrollaba su progreso económico en tan vasta escala que el poder político iba abandonando su antigua dureza para convertirse en prudente conservador de la libertad y del órden. El

(1) Adan Smith—*Riqueza de las naciones*, tomo III. lib. IV. cap. VII.

sistema municipal habia nacido en las ciudades libres de Alemania, de España, de Italia y de Bélgica: un sistema regular de contribuciones establecido en todas partes por los rentistas italianos, preservaba á los pueblos de exacciones violentas: la libertad de comerciar y de trabajar vencia al monopolio con brillante fortuna: la esclavatura había muerto ó daba las últimas señales de vida; y la nobleza de pergamino y espada convencida de su inutilidad se refujiaba en el trabajo, para adquirir á la par de todos la riqueza que ambicionaba, por médio de los saludables esfuerzos que ántes había desdeñado. La sociedad europea acababa de ascender á aquel grado de esplendor del cual no se retrocede, á ménos que profundas calamidades aparejándose á estraordinarios é imprevistos sucesos vengan á perturbarlo todo, introduciendo la tiranía y el desórden allí donde la libre accion del hombre ha fundado un establecimiento regular y una institucion de cosas duradera. No podía aventurarse nadie á suponer por entónces, que las sólidas conquistas del progreso que habían hecho sensible á los pueblos su responsabilidad comercial recíproca y sus vínculos sociales permanentes, fueran susceptibles de caer en el abismo de la derrota donde iba á sumirles la espada de un monarca civilizado, descendiente de reyes cristianos y entroncado á una familia real que se mostró consumada en el arte del gobierno. Pero á pesar del progreso universal en médio del que nacía á la vida, y no obstante los antecedentes personales que prestijiaban su persona por las tradiciones de familia, Cárlos V ascendió al trono para ser el mas formidable enemigo de los progresos de su tiempo, y para unir el nómbre de sus antecesores al fúnebre recuerdo de su persona y las de sus descendientes.

Jóven por la edad, esforzado por el brío individual, y altivo por el poder material que heredaba, Cárlos V, hijo de Flandes, emperador de Alemánia y rey de España se preparó á trastornar la sociedad cuyos destinos estaba encargado de rejir. Mas flamenco que español, si hacia estimacion de España era principalmente por los recursos que le proporcionaba para alimentar sus

ambiciosas miras; y así, rara vez la visitaba que no fuese para solicitar subsidios de sus córtes, (1) Con el pretesto ostensible de declararse el campeon de la cristiandad, pero con la mira secreta de reconstruir el imperio de Cárlo Magno en provecho própio, comenzó á guerrear contra sus vecinos, y una vez que desenvainára la espada no la volvió mas á la vaina hasta que el trascurso de los años y la suerte de las ármas le hubieron creado rivales capaces de afrontar su audácia y su fortuna, haciéndole sentir las amarguras de la derrota. Pero miéntras duró su reinado, las catástrofes de la humanidad se sucedieron sin interrupcion. Despótico por temperamento, mató las libertades comunales en España, en Italia y en Alemánia, trasformó el sistema de las contribuciones, cambiándolo por tributos y gabelas que secáron las fuentes de la produccion industrial; alteró la moneda cuantas veces le plugo, infestando la Europa con sus escudos falsificados que introdujeron la desconfianza, mataron el crédito é hicieron cerrar las puertas á los bancos. Imbuido en malas ideas de gobierno, monopolizó las ártes y el comércio arruinando á la España que perdió todas sus fábricas, y cerrando á las espansiones de la indústria los grandes mercados de sus domínios. Por último, mal dispuesto contra todo lo que no se doblegase á su codícia de oro y á sus aventuradas empresas de conquista, se hizo espendedor de títulos de nobleza creando una verdadera plaga de soldados y de holgazanes, para oponer dóciles espadachines á los pacíficos mercaderes que habian fundado la libertad política y el réjimen administrativo en la Europa civilizada. Fué mas adelante todavía, y la humanidad debe anatematizarle por ello: estableció legalmente el tráfico de la carne humana, permitiendo que las colonias americánas se llenáran de esclavos negros, arrancados del África por miserables traficantes sin conciencia.

El sucesor de este monarca execrable, fué tan malo como él. Felipe II con su despotismo sistemático con-

(1) Prescot—Historia del reinado de Felipe II. lib. I. cap. I.

tribuyó poderosamente á la ruina de su nacion, pero el destino quiso que aquella ruina de un pueblo generoso sirviese de fundamento á la libertad del mundo. Contra Cárlos se habian levantado en ármas una buena parte de sus dominios y algunas naciones europeas: contra Felipe se levantó la Reforma que le arrebató los Países Bajos y socavó los cimientos de su trono. Poco á poco fué deshaciéndose aquel conjunto enorme de pueblos que los Reyes Católicos habian intentado reunir bajo un solo cetro para absorberse el mundo, y el reinado de los Felipes marcó para España una hora de rápida decadéncia. Pero aquellos malvados reyes de la casa de Austria desde Cárlos V hasta Felipe IV, inficcionáron al universo con el vírus de una política afrentosa, promoviendo primeramente las grandes guerras que sostuvieron con el oro de las minas americanas, y aletargándose hácia los últimos tiempos en una indolencia que permitia todos los desafueros de la ociosidad contra las virtudes estimulantes del trabajo. La Reforma encontró desde luégo, un terreno harto bien preparado por sus enemigos: ella empezó por pedir el libre exámen en una época en que toda discusion era prohibida, y acabó por conseguir la conquista de muchas naciones donde los conventos fueron abolidos poniéndose á subasta los bienes de la Iglesia, donde el aumento de los dias de trabajo fué sustituido al de muchas fiestas eclesiásticas, y donde la discusion de todas las ideas fomentó los progresos intelectuales.

La Reforma suscitó en Europa á la vez que la pasion relijiosa, el estremecimiento de la pasion política ahogada por el poder despótico de los reyes absolutos. Tan luégo como el Império español fué destruido, surgieron á la vida de la actividad que aquel coloso tenía aherrojada, todas las naciones del continente europeo. Descolló sin embargo entre todas la Inglaterra, cuya conversion al protestantismo hubo de encaminarla al entronizamiento de la democrácia pura. En médio de grandes trastornos el pueblo inglés que habia soportado el yugo romano primeramente, que mas tarde ensayó á constituirse en siete nacionalidades bajo la Heptarquía, y que por último se consolidó

bajo un solo cetro, habia podido aislarse del movimiento continental, arrostrando una vida tempestuosa. Este aíslamiento mas bien favorable que adverso á su progreso social, formó la orijinalidad del caracter inglés, disciplinándole en la robustez de sus convicciones y en la paciencia de la espera, que han sido las mas relevantes de sus dotes própias. A pesar de todos los contratiempos, la actividad mercantil y el ardor relijioso comunicaron un prodijioso impulso á las riquezas y á las ideas de las clases medias, y en uno de los primeros parlamentos del reinado de Cárlos I, se echó de ver con admiracion, que la Cámara de diputados era tres veces mas rica que la de los lores. (1) Preparada por sus progresos á las mas atrevidas novaciones, la Inglaterra que hácia la época de las Cruzadas habia arrancado de uno de sus monarcas la gran carta que constituye el monumento de sus libertades, llegó bajo Cárlos I á formular reclamos en el lenguaje de las revoluciones, concluyendo por decapitar al monarca que se opuso á la espansion de los deseos populares y fundando el gobierno de la monarquía constitucional en sustitucion del gobierno despótico que ántes rijiera á aquella nacionalidad. La clase-média olvidada y aún despreciada, tuvo desde luégo una participacion activa en los negocios del Estado, y fecha desde entónces el verdadero engrandecimiento del poder británico.

Despues de la revolucion de Inglaterra viene la revolucion de Francia, tan conocida por los hechos que la preparáron como por los frutos que de ella cosechó la humanidad. Pero entre médio de estas dos revoluciones, existe un suceso capital que hasta cierto punto las hermana, y ese suceso es el nacimiento de una filosofía nueva que abandonando las rejiones del infinito, desciende á la tierra para averiguar cuáles son las necesidades materiales del hombre, y hasta qué punto influyen ellas en la direccion de su espíritu. Estamos, pues, en el siglo de la Economía política, dándonos la mano con Quesnay y esperando el célebre libro de Adan Smith, cuyas conclusiones anúncian al mundo que no hay organizacion social

---

Guizot.—*História de la Revolucion de Inglaterra*—Disc· prelm.

ni progreso político fuera del trabajo. No en balde ha marchado la humanidad tantos siglos buscando la radicacion eficaz de sus conquistas: dos revoluciones definitivamente concluidas han venido á probar que si las ociosas gerarquías de casta pudieron sostenerse con el apoyo de la credulidad ignorante, el tiempo se encargó de destronarlas levantando frente á ellas el poder del trabajo, dignificado por las investigaciones de la ciencia y por las enseñanzas de la práctica. La Inglaterra había duplicado la victoria de su revolucion en la reforma de las instituciones y en la trasformacion de las ideas: Cronwell y el Parlamento consumaron una revolucion en el terreno político, que Adan Smith completó mas tarde en el órden social. Cuando la revolucion francesa estalló, la Inglaterra la había franqueado el camino.

¿Qué fué la revolucion francesa? Una cruzada contra los privilejios. Privilejios de casta, privilejios de posicion social, privilejios de tradicion feudal, todo vino al suelo por mano de aquellos terribles niveladores que pasaron sobre la Francia el rasero de una igualdad sangrienta. Cayeron las instituciones antiguas, se desplomó el derecho divino de los reyes, y tomó su representacion en el poder político y en el órden social el derecho soberano de los pueblos, que se encarnaba en las clases médias hasta entónces escluidas de participacion en el gobierno. La sociedad cimentada sobre bases mas firmes, pudo oponer las exigencia de las mayorías populares hasta entónces desoidas, á las conjuraciones de las minorías pertinaces enceguecidas por sus ensueños de absoluto dominio. Se organizó el poder público con anuéncia de los más, en vez de permanecer estacionario en manos de unos pocos. Y el éco de aquellas atronadoras catástrofes no se perdió en el vacío, puesto que repercutió en todos los corazones, hallando partidarios doquiera. A los trastornos del viejo mundo sucedieron bien pronto las revoluciones del nuevo Continente, y si la Europa había ensayado á democratizar sus instituciones políticas, la América intentó con posible suceso la fundacion de la democrácia pura. Bien que los contratiempos hayan sido frecuentes en los pueblos

latinos del Continente americano, la raza sajona ha demostrado con la creacion de los Estados Unidos del Norte, que se puede vivir bien sin monarquia, y que el reinado de la libertad es el único capaz de consolidar el reinado del derecho.

La victoria definitiva de la clase média en Europa ha marcado la fecha de la entrada de la Economía política á los consejos de gobierno. Elevada la ciencia á un grado tan superior, era natural que sus adelantamientos fuesen rápidos y que nuevos escritores amaestrados por la novedad y la exactitud de tan hermosas doctrinas, se lanzáran con paso firme en el terreno de los estudios económicos. Por otra parte, los sucesos políticos de aquellos tiempos revolucionários convidaban á un ensayo sério de las condiciones prácticas en que debía reposar toda solucion de gobierno, porque destruida la fé relijiosa por la revolucion francesa y roto el equilibrio comercial por la revolucion americana, no había otra fuente de verdad que la esperiéncia, ya se quisiese afianzar definitivamente la libertad ó ya se desease arribar á la concepcion política del órden. El movimiento de ideas con que se había iniciado el siglo XVIII inducía á preveer desde largo tiempo un cataclismo, porque al trasformarse en hechos las teorías de una filosofía revolucionaria, no quedaba otro término médio que la instabilidad ni otro punto de descanso que la revolucion. Surgían, pues, las ideas con aquella fuerza inevitable que las impone en las épocas de reforma social, y la necesidad de una fé razonada golpeando á los corazones predisponía las intelijencias al estúdio de lo verdadero, á la contemplacion de lo bello y al deseo de lo bueno. Había como puede comprenderse, campo de sobra para recojer la semilla de las ideas nuevas, y las verdades económicas que Adan Smith amalgamó en un conjunto científico y que Juan B. Say vulgarizó metódicamente, llegaron á asegurarse el puesto que necesitaban para labrar la felicidad del género humano. Una clase social despreciada, la humilde clase de los trabajadores, encontró al fin fórmulas científicas que justificaban sus procedimientos, descripciones históricas que ensayaban á demostrar su in-

fluencia sobre el mundo; y una filosofía nueva que reivindicaba para el trabajo el primero de los puestos en la organizacion social.

Detengámonos aquí para decir dos palabras. En el comienzo de las sociedades, su constitucion orgánica reposa sobre la fuerza: los elementos productores de la riqueza no se analizan, ni la facultad de adquisicion se comprende de otra manera que por el despojo, impuesto al débil por el fuerte. Mas tarde, las necesidades de la política, la gloria del poder y los gastos que su sosten demanda, arrancan á los déspotas que se llaman grandes reyes ó emperadores, señores feudales ó reyes absolutos, algunas concesiones en favor de los que trabajan. Despues, la organizacion de las confederaciones comerciales demuestra cuán fecundo es el principio de la asociacion para el trabajo, cuando está tutelado por la garantía de la libertad. Y por último, las conquistas de la indústria concluyen por desacreditar la vieja creencia de que la riqueza está en el oro y en la plata, dando por este médio un golpe de gracia á la creacion de los absurdos sistemas restrictivos, que en el fondo no tendian á otra cosa que á conservar la mayor suma de metales finos, esportando la mayor suma de otros productos en cámbio de ellos. Por consecuencia, la hu anidad no ha sido libre ni feliz, hasta que la nocion exacta de la riqueza ha penetrado por completo en el espíritu de los poderosos, gracias á los esfuerzos de las clases trabajadoras. Conviene, pues, que para penetrarnos de la importancia que el problema de la riqueza tiene en sí mismo, nos elevemos hasta su concepcion científica, y podamos justificar de esa suerte las tendencias de la humanidad durante el largo trascurso de su marcha.

III

Los elementos constitutivos de la riqueza son dos: la naturaleza y el trabajo. La naturaleza dá cuanto existe; aire, agua, tierra, minerales, sustancias: el trabajo trasforma, descompone, combina y aprópia todas estas cosas constituyendo con ellas la riqueza. A la ciencia no es dado considerar aisladamente ninguno de los dos términos de esta ecuacion, porque solo pueden igualarse en un signo comun estando juntos. Ni hay riqueza posible sin la existencia de la naturaleza creada, ni hay apropiacion de la riqueza sin el ausilio del trabajo humano.

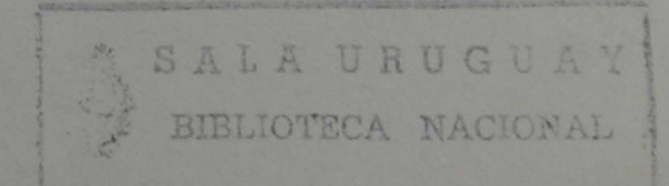
El carácter de toda riqueza es ser útil, material y apropiada: faltando cualquiera de estas condiciones podrá ella existir en estado latente, pero no trasmisible ni cambiable para el hombre que la desconoce por completo. La generalidad de las gentes ha confundido por lo comun los elementos de la riqueza con la riqueza misma. El oro y la plata son elementos de riqueza porque son instrumentes de cámbio; los campos fértiles, las aguas abundantes, los montes frondosos son tambien elementos de riqueza; pero ni las minas de metales preciosos, ni las tierras, ni los rios, ni los árboles son la riqueza. Es necesario que el

trabajo esplote las minas, prepare los campos, utilice las aguas, corte y trasforme la madera de los árboles para formar riqueza, porque verdaderamente ella no existe sin la apropiacion posible. Trasladémonos con la imajinacion á Califórnia cincuenta años hace ¿de qué servían sus colosales minas desconocidas y vírgenes al trabajo? Miremos la Inglaterra tan rica y floreciente hoy ¿qué era en tiempo de los Pictos sinó una mísera roca perdida en la inmensidad de los mares? Es el trabajo del hombre quien ha hecho fructíferas las minas de Califórnia, enriqueciendo el país con sus productos y es el trabajo tambien quien ha elevado á la categoría de nacion próspera á aquella mísera Inglaterra, cuyas minas de hierro y de carbon, y cuyos territorios desolados no convidaban con grandes utilidades á sus primitivos pobladores.

Si descendemos en la escala de las investigaciones á los actos mas vulgares de la vida, siempre encontramos á la naturaleza y al trabajo formando el oríjen de toda riqueza. Por mas espontáneos que sean los dones de la naturaleza para la satisfaccion de las necesidades del hombre, siempre hay en mayor ó menor grado un trabajo para adquirirlos. No tomará el salvaje del desierto fruto del árbol que sácie su hambre ni agua del rio que aplaque su sed, sin el trabajo de buscarlos ni la incomodidad de llegar hasta el recinto donde ellos se encuentren. No conservará tampoco una porcion de estos obgetos para verificar cámbios, sin ingeniar un médio de trasporte que haga útil la apropiacion y susceptibles de conservacion los obgetos. Por consecuencia, toda riqueza presupone una apropiacion y toda apropiacion significa un trabajo prévio. Riqueza que no es apropiable no es riqueza, porque carece de las condiciones de trasmisibilidad ó de cámbio que la hagan útil para la satisfaccion de necesidades. Considerada la cuestion bajo este aspecto, la capa raida del mendigo es una riqueza porque tiene propietario, ha costado trabajo su elaboracion y constituye un obgeto de cámbio; miéntras que la veta de hulla ó el filon de oro que yacen desconocidos en las entrañas de la tierra no son una riqueza, porque nadie la aprópia, ninguno traba-

ja para hacerla cambiable, ni hay quien pueda efectuar comercio sobre su producto. Para decirlo todo, la riqueza comienza allí donde hay *tuyo* y *mio*: la liebre que corre por los campos, el pájaro que se cierne en el espácio, el pez que náda en el Océano, el árbol que florece á la orilla del camino, son riquezas desde el momento que encuentran quien las aprópie, porque ya se trasforman en obgetos de cámbio.

Algunos autores han creido que debían incluir en el inventário de la riqueza universal las dotes de la intelijencia humana, pensando que el talento, la probidad y la salud son una riqueza igual á cualquiera otra. Esta opinion es errónea, desde que ni la salud, ni la intelijencia, ni la probidad pueden trasmitirse ó cambiarse. Es evidente que un hombre probo, sabio ú honrado tiene aptitudes para prestar servicios á la conmunidad, pero en los servicios que él presta no van incluidas sus condiciones morales que siempre le quedan própias. Si pudiera venderse una idea, si el móvil que guía un acto de probidad fuese incluido en el acto mismo, entónces las condiciones morales del hombre serian riquezas porque caerían bajo el domínio de las leyes del cámbio; pero permaneciendo ellas intactas en la intelijencia que las dá la vida, no son mas que un elemento apto para producir riquezas, sin ser jamás riquezas por sí solas. Debemos creer que en el inventário destinado á liquidar las existencias de una casa de comercio, no entrará como partida evaluable la poca ó mucha intelijencia del dueño de casa. Es un engaño muy grande, pues, el que padecen los que suponen posibles de ser evaluadas las dotes naturales de la intelijencia, de la probidad y de la salud, porque no se puede concebir una riqueza estacionária, impalpable, destituida de la facultad de trasmision, sin desistir de adquirirla ó perder la nocion del cámbio. Por otra parte, el sentido comun indica que toda riqueza sirve para la satisfaccion de las necesidades humanas, y si hubiera alguna que no pudiera llenar este fin, no seria riqueza. Que la intelijencia del hombre haya meditado en el modo y puesto en práctica el método de dominar la matéria por médio de


SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL

procedimientos científicos, es indudable, pero la idea de los descubridores no se ha enajenado, pues quedó intacta en su intelijencia. Dondi inventando el reloj, Watt inventando la máquina á vapor, Arkwright y Jacquart inventando los telares modernos no cambiaron sus ideas, sinó que las pusieron en práctica, animaron con ellas hasta cierto punto obgetos inermes, pero quedaron siempre dueños de su intelijencia y completamente poseedores de las ideas que la constituían. Fuera de la combinacion de la naturaleza y el trabajo, conspirando la una por producir y el otro por apropiarse cosas útiles y cambiables, no hay nada que pueda constituir riquezas.

La distincion que acabamos de hacer entre los dos elementos que constituyen la riqueza—naturaleza y trabajo —no es una logomáquia pueril ni una sutileza metafísica, ántes bien tiene ella la mayor importancia. Toda vez que la riqueza fuera considerada como un don natural solamente, el trabajo humano quedaría condenado, y la ley suprema á que está sometido el ser racional, la condicion permanente de su desarrollo, en suma, el trabajo, podria considerarse una aberracion del estado social, un artificio destinado á mortificar al hombre, y sobre todo, un testimonio acusador del plan de la Providencia- Por lo contrario si se creyera á la riqueza un producto esclusivo del trabajo, vendríamos á parar en que cuanto mayor trabajo fuera necesario hacer, mayor riqueza existiría, y por ende, cuantos mas esfuerzos necesitase el hombre para dar satisfaccion á sus necesidades, tanto mas rico habia de ser. Estas dos conclusiones sumamente alarmantes son hijas lejítimas de dos premisas igualmente absurdas. Si el trabajo es la fuente única de la riqueza, toda invencion que minore el trabajo será perjudicial, y por lo tanto debemos condenar el progreso cuya tendencia determinada es la supresion de las fatigas con que la humanidad ha de ganar el pan de cada dia. Pero si la naturaleza es quien produce únicamente riquezas, la organizacion social reposa sobre una base falsa, porque entónces el trabajo del hombre es una negacion de lo que él crée su destino, y las sociedades y los gobiernos no han tenido la menor idea de

lo que representan ni á lo que tienden sin saberlo. Así pues, la riqueza como resultante aislado del trabajo dá en último término la esclavitud y la miséria; miéntras que siendo producto esclusivo de la naturaleza prueba que el trabajo es una esclavitud forzosa, y la organizacion social un plan imperfecto asentado sobre una base falsa. Tan perniciosas son ambas doctrinas que requieren ser esplicadas y combatidas formalmente.

La tendencia de la humanidad es procurarse la mayor suma de satisfacciones con la menor cantidad de trabajo. A impulsos de este sentimiento ingénito el hombre desde que ha podido razonar ha tratado de establecer su dominio sobre la naturaleza, arrancándola por médio de grandes esfuerzos todo cuanto puede contribuir al aumento de sus goces. Es así que desde el hombre primitivo hasta el hombre social, la gran evolucion de los tiempos ha visto á la tierra convertida en un inmenso taller donde la criatura humana ensaya de un modo permanente sus esfuerzos para mejorar la condicion de su existencia. Merced al trabajo la naturaleza ha sido vencida y ha tenido que dár al hombre para que las descomponga á su antojo ó se sirva de ellas penetrando en sus mistérios, la elasticidad, el calórico, la electricidad, la gravitacion, el agua, la luz, el aire, y han surgido de aquí todos los inventos y todas las maravillas que hoy admiramos. Por doquiera pues, encontramos al trabajo humano dominando la matéria, y vemos tambien que sin ese trabajo la materia permanecería indomable. Ahora bien: si la riqueza es un don natural esclusivo: ¿cómo esplicar la necesidad del trabajo para conseguirla? Esta interrogacion tendría dos respuestas igualmente falsas: ó el hombre se ha equivocado en los médios que emplea para adquirir la riqueza, y esto es imposible porque la sociedad no puede equivocarse en aquello que propende á la conservacion de su existencia, ó Dios se ha equivocado en el arreglo del plan providencial que nos gobierna, y esto es absurdo porque las leyes naturales que nos rijen y que se reflejan en nuestros instintos de conservacion y progreso, son perfectas. Luégo es evidente que la riqueza no proviene de un don natural es-

clusivo, pues para afirmarlo seria necesario negar la infalibilidad del instinto de conservacion en la sociedad, ó la superioridad de las leyes naturales decretadas por Dios. Si fuera de las leyes del trabajo hubiera otras en que al hombre le fuese dado adquirir riquezas, la sociedad no habria vacilado en adoptarlas para escapar á la fatiga y á la pena contra las cuales lucha desde su infancia. Si en el trabajo humano no se hermanasen á la vez el sufrimiento que enseña y el progreso que eleva el espíritu y morijera las pasiones, Dios habria sometido al ser racional á otras pruebas mas fructíferas que aquella. No habiendo pues, ni la suposicion probable de que la sociedad se equivoque en lo que concierne á su conservacion, ni que el plan de la Providencia falle en lo relativo al hombre, el trabajo humano queda justificado y demuestra que solo á sus esfuerzos cede la matéria para producir riquezas.

Miremos ahora la cuestion bajo otra faz. Si la riqueza es un producto esclusivo del trabajo, el ser racional se equivoca en la concepcion de su destino, y todos los esfuerzos que hace para minorar la fatiga y hacer gratuitas las satisfacciones de la sociedad, son otros tantos precipícios que abre á sus plantas. Las máquinas que vemos, los ferrocarriles y vapores que suprimen las distancias y abaratan los médios de trasporte, tienden irremisiblemente á minorar el trabajo; lo que ántes se hacía en un dia hoy se hace en una hora: si ántes se pagaba diez pesos para ir en carreta, hoy se paga uno por ir en ferro-carril. A medida que el progreso cunde los esfuerzos del hombre son menores: luégo pues, cuanto más se progresa ménos se trabaja y cuanto ménos se trabaja mas pobre es el hombre. Pero no es esto todo. La doctrina que hace del trabajo la única fuente de riquezas vá directamente á la glorificacion del sistema prohibitivo. Todos los gobiernos que dificultan la indústria y ponen obstáculos á la difusion de las victórias del progreso, se sienten estimulados por la creencia de que la aminoracion de los esfuertos para conseguir riquezas concluye por empobrecer á todos. Así se dice: las máquinas suprimen una gran parte del trabajo: luégo, guerra á las máquinas. La concurrencia estrangera impor-

ta al país ropas y elementos más baratos que aquellos que el país puede producir á costa de inmensos esfuerzos: luégo, guerra á la concurrencia estrangera que disminuye el trabajo nacional. Cada obstáculo que se vence, cada barrera que cae es un nuevo motivo de alarma para los que creen que cuanto más costoso es el trabajo más grande es la riqueza. Y verdaderamente, si el trabajo fuese la condicion esclusiva de la riqueza, el hombre marcharía rumbo directo á la miseria cuanto más grande fuera su progreso. Seria el caso de desear no haber salido nunca del estado grosero de los tiempos primitivos, deberíamos pedir que esos tiempos volviesen para no sucumbir de hambre. Por su parte los gobiernos en vez de liberalizar sus sistemas de contribuciones y de impuestos necesitarian recargarlos, para que los obstáculos á vencer fueran mayores y el trabajo solicitado con mas império que nunca. La naturaleza misma relativamente inerte para nosotros no seria otra cosa que un enemigo constante, una eterna rémora en la cual solo encontraríamos permanente oposicion á nuestros esfuèrzos y contínuo incentivo á nuestras fatigas. ¿Cómo concebir un plan providencial bastante justiciero viéndonos condenados á trabajar siempre, cavando nuestra fosa? ¿Cómo glorificar un destino cuyo punto de partida es la desnudez y la miséria, y cuyo término seria el progreso que á su vez debiera suponer desnudez y miséria?

Tales son los resultados á que conduce la esclusiva apreciacion de uno de los dos términos que componen la ecuacion *riqueza*. Ni el trabajo humano aislado ni la naturaleza sola puedan producir riquezas, pues se hace necesario que ambos se combinen para satisfacer nuestros deseos. Todo lo que viene de la naturaleza es gratuito: todo lo que viene del trabajo es oneroso. Pero el progreso tendiendo siempre á disminuir los esfuerzos hace más fácil el trabajo, y cada nuevo invento suprimiendo un obstáculo difunde en la masa gratuitamente lo que antes se obtenía á costa de grandes esfuerzos. De aqui que el trabnjo más lucrativo y ménos fatigoso para el hombre en razon de los inventos del progreso, tiende á llenar sus ne-

cesidades con ménos esfuerzos y mayores utilidades todos los dias. Llevando la cuestion á sus últimos términos, puede argumentarse aún con la sencilléz de la evidencia: sapongamos que la naturaleza no existiera ¿de dónde sacaría el hombre riquezas cuando tal vez no existiría él mismo? supongamos que el trabajo no tendiese á dominar la materia para arrancarla lo que el hombre necesita ¿cómo podría formarse la riqueza? plantear la cuestion así es resolverla. No porque la naturaleza dé gratuitamente sus primícias debemos suponér que el trabajo solo sea capaz de producir riquezas, y no porque el trabajo mismo sea el elemento necesario á la dominacion de la materia debemos suponer que solo en él se encuentra la riqueza. Naturaleza y trabajo son dos elementos inseparables para la produccion de la riqueza, y toda vez que se trate de escluir á uno de ellos no podrá arribarse á otra cosa que á falsas conclusiones. Distíngase tanto como se quiera lo gratuito de los dones de la una y lo oneroso de los esfuerzos del otro, siempre se vendrá á encontrarles inseparablemente unidos para formar la riqueza.

Pero esta condicion gratuita á que la naturaleza dá sus dones, y de onerosidad con que el trabajo dá los suyos; ha estraviado á algunas escuelas. No han visto ellas que el trabajo humano susceptible de progreso como todas las manifestaciones del hombre, ha tendido á hacerse ménos fatigante, ménos costoso, ménos difícil, y si bien por un lado ha podido dañar á algunos, por otro ha repartido grandes utilidades entre todos. Es imposible negar que una via-férrea entre dos puntos dados arruina momentáneamente á las empresas de postas y de carretas que hacían el tráfico entre ellos, pero en cámbio abarata ese tráfico, hace las relaciones comerciales más fáciles, promueve cámbios más sostenidos y permite que con el dinero empleado en viajar mil personas por año puedan hacerlo seis mil. La utilidad del nuevo invento se reparte desde luégo entre la masa, y gozan de su favor los propios empresarios de vehículos que á primera vista parecian arruinados. Bien es verdad que con menor trabajo por parte del ferro-carril se obtienen mayores ventajas que

con el antiguo sistema empleado ¿pero quiere eso decir que la riqueza haya disminuido? Al contrario la riqueza ha aumentado y el modo como una parte del trabajo se verifica es mas conveniente y mas útil. Cuanto mayormente se haga concurrir á la naturaleza para la formacion de las riquezas, mayores serán las utilidades que reporte el género humano. ¿Quién puede calcular la masa enorme de tiempo y de esfuerzos que costaría el sondaje de una mina, si el vapor aplicado á la mecánica no los reemplazase hoy por un sencillo procedimiento que ocupa á tres ó cuatro hombres durante un tiempo relativamente breve? ¿Qué inmensa revolucion, qué indecible economía de tiempo y de trabajo, cuánta seguridad, cuántas dificultades vencidas supone el parte telegráfico que llega de Lóndres á Montevideo diariamente? Así, el trabajo humano progresando en sus múltiples manifestaciones tiende á hacer cada vez mayores las utilidades gratuitas que se reparten entre los hombres, porque tambien es mas grande cada dia su dominio sobre la materia. Los que creen que disminuye la riqueza porque el trabajo tiende á disminuir las incomodidades del género humano, están obcecados por un triste engaño: olvidan que todo lo que dá la naturaleza es gratuito, y que el trabajo asociándose á ella reemplaza los esfuerzos del ser racional por el esfuerzo de los elementos naturales.

Esto sentado ¿qué es la riqueza? La posesion de obgetos útiles y susceptibles de cámbio. ¿Qué funcion desempeña la naturaleza para que estos obgetos sean obtenidos? Dar gratuitamente las materias primeras de que ellos se componen. ¿Cuál es la funcion destinada al trabajo para obtenerlos? Arrancar de la naturaleza esas materias, trasformarlas, descomponerlas, apropiarlas, trasportarlas donde lo considere útil é indemnizarse del valor que representa el conjunto de esos servicios. Luégo, siempre aparece la naturaleza dando gratuitamente sus dones y el trabajo cobrando sus servicios: luégo, los dos términos de la ecuacion riqueza aparecen siempre confundiéndose en un signo comun, lo que hace estraviar á algunas escuelas que incorporan la utilidad gratuita proporcionada por la

naturaleza, con la justipreciacion del trabajo humano. Es así que toda riqueza se determina por dos condiciones esenciales, una gratuita y otra onerosa: gratuita es la parte que dá la naturaleza y que puede ser apropiada por quien lo desée; y onerosa es la parte que dá el trabajo del hombre, destinado á apropiar, trasformar y trasportar el obgeto que la naturaléza dá. Cuadra pues, el nombre de riqueza á aquello que ha sido arrancado á la naturaleza por el trabajo humano ayudado de la intelijencia que lo guia, y de esto resulta que cuanto más rico es un pueblo, mayor dominacion ejerce sobre la naturaleza creada, y más dotes de ingenio y mayores virtudes ha tenido que desplegar que aquellos que no están á su nivel. El trabajo contínuo, la constancia, la meditacion, las privaciones, la fraternidad de los esfuerzos comunes, el deseo de lejítimas prosperidades futuras que predisponen á las fatigas del presente; todos estos móviles son necesarios para que un pueblo aglomere riquezas y pueda gozar de un bienestar pasable.

Los moralistas al afirmar que la adquisicion de riquezas provoca la inmoralidad de las costumbres y materializa al hombre en sus aspiraciones mas íntimas, sufren un grave error. El contrasentido no puede ser mas grande cuando se plantea la cuestion en sus verdaderos términos: si la adquisicion de la riqueza supone dominio sobre la matéria, es evidente que cuanto más rico sea un pueblo mayor dominio ejercerá sobre las cosas materiales. Además, la esperiencia está hecha por el tiempo, y la práctica confirma sus lecciones: entre los pueblos que tienen muchos ferro-carriles y telégrafos, mucha indústria, muchas riquezas; que practican la vida en el matrimonio y la existencia del ciudadano en la plaza pública; y las tribus salvajes entregadas á la poligámia y á la miséria, la eleccion no es dudosa. El instinto que guía al hombre en pós de la adquisicion de riquezas, no es un sentimiento condenable ni un acto de tan espontánea voluntad que puede prescindir de él. Forzado por la necesidad del dia trabajaba el hombre primitivo para adquirir su sustento, pero la esperiéncia le mostró por mano de necesidades aflijen-

tes que si no ejercitaba la prevision ingeniandose por ahorrar en el presente, podría llegar á morir de hambre en virtud de las exijencias de mañana. Este cálculo natural ó sentimiento de prevision que la sociedad ha adquirido despues de amargas enseñanzas es lo que fuerza al hombre á buscar riquezas por médio de su trabajo. Si la sociedad dejára de preveer y ahorrar un dia solo, recaerían inmensos trastornos sobre la humanidad entera. En la adquisicion de la riqueza no hay más que un sentimiento de prevision, una tentativa de mejoramiento, la satisfaccion de una necesidad que el instinto de conservacion hace sensible con império. Toda vez que la sociedad no trabaje para conquistar el dominio de la matéria y no ahorre para estimular y sostener los esfuerzos que han de darla esa conquista, sucumbirá: ella recuerda la dura ley á que está sometida, y prevee en conjunto lo que se menosprécia en los detalles.

Como quiera que se mire la cuestion no hay término médio para el hombre: ó es rico ó es pobre: ó sufre las penas con que le castiga la imposibilidad de dar satisfaccion á sus necesidades, ó satisface esas necesidades y goza de un bienestar que le es imprescindible. De un lado se le abre el camino del trabajo, de la prevision y del ahorro, con lo cual puede aspirar á obtener riquezas y con ellas el descanso en un tiempo calculable: de otro lado le queda el ócio que indudablemente le arrastra á la postracion, á la degradacion y á la muerte. En hora buena haya quien desee adquitir más y quien desée ménos, pero ese deseo que tiene sus gradaciones, con respecto á las personas se manifiesta poderosamente en el conjunto, porque todos trabajan, todos adquieren y de esa suma total de adquisiciones se forma la riqueza de la sociedad. Por otra parte el único médio de dominar una naturaleza rebelde lo encuentra el hombre en el trabajo, y es lójico que la aspiracion á la riqueza sea una idea ingénita de su espíritu. Medítese en los esfuerzos de la humanidad, analícense sus descubrimientos científicos, sus concepciones artísticas, sus estudios favoritos, y se verá que todos ellos tienden á dominar la matéria. La Física esplica la naturaleza y pro-

piedades de los cuerpos; la Química trata de averiguar su accion íntima, la fuerza con que la ejercen y los elementos que los constituyen; la Dinámica se ocupa de las fuerzas que obran sobre los cuerpos y de las leyes del movimiento; la Geometría enseña á conocer y medir la cantidad dimensional; la Geolojía trata de la forma interior y esterior del globo terrestre, de los materiales que lo componen y del modo como ellos han sido colocados en su actual posicion; la Astronomía se ocupa de los cuerpos celestes, investiga su posicion y magnitud é inquiere sus relaciones con nuestro planeta. Todas estas ciencias determinan principios sobre los cuales se basa el arte para hacer efectivas sus conquistas y dominar la matéria.

Es pues, la adquisicion de la riqueza un hecho fatal á que está mas bien que invitada, condenada la sociedad desde su primer dia de existencia. A ménos de negarse á vivir no puede el hombre negarse á adquirir la riqueza que le es necesária para satisfacer las exijencias de su naturaleza própia, y si bien se observa que algunos hombres mueren de hambre por su voluntad, ó se suicidan por no soportar las solicitaciones con que el entretenimiento de la existencia se hace sensible, es lo cierto que procede así el menor número, en tanto que la mayoría opta por la vida á pesar de todos sus inconvenientes. Vivir, conservarse, progresar, es el rasgo característico de la sociedad, el sentimiento mas fuerte que predomina en ella, la pasion mas vigorosamente desarrollada de su organismo; pasion por la cual todo lo sacrifica, incluso el reposo que tanto halaga sus instintos. Aún cuando todas las relijiones y casi todas las escuelas filosóficas hagan de este mundo un lugar de tránsito para el sér racional, el hombre creyéndolo tambien no puede vencer sus instintos de conservacion y de progreso, y la sociedad como si tuviera conciencia de un vivir eterno, se aprovecha de esos instintos para arraigarlos cada dia más en el espíritu humano. Hoy como ayer, mañana como hoy, miéntras el corazon de un solo hombre lata sobre la tierra, la adquisicion de riquezas será la ley suprema de la conservacion de la vida.

IV

Nuestro trabajo de esposicion ha concluido. Creemos haber demostrado á la luz de las enseñanzas de la Economía política y de la Histório, que la concepcion instintiva de la riqueza ha dado una direccion superior y ordenada á los esfuerzos de la humanidad, miéntras que su concepcion científica ha influenciado la marcha de los gobiernos dirijiéndola hácia el sendero por donde el progreso humano desarrolla sus múltiples elementos de poder. En esta descripcion á grandes rasgos con que hemos enumerado los hechos capitales del pasado, se puede juzgar de su impulso sobre el presente y de las victórias que merced á tantos esfuerzos se diseñan ya en los horizontes del porvenir. La humanidad parece haberse encarrilado en una senda de la cual no es dable presumir que se separe: en todas partes se escucha el rumor de los grandes progresos, y hasta en los pueblos mas apartados de nuestra actividad civilizadora, el gobierno regular sustituye á la tríbu, y el obrero civilizado sucede al esclavo. Preparémonos á solemnizar esta victória que pertenece por entero á la clase-média, y sepamos sacar de ella las provechosas lecciones con que instruye á la inesperiéncia de los pueblos nuevos.

El símbolo que ha de guiar á las nacionalidades al través de las vicisitudes que deben concurrir á su pleno desarrollo, se eleva triunfante yá sobre todas las preocupaciones: la libertad de la indústria y la dignificacion del trabajo del hombre, es la nueva bandera con que las generaciones del presente prepáran un ancho campo á las generaciones del futuro. La corona del triunfo definitivo pertenece á los que vayan mas léjos en ese camino ¿nó vale la pena acaso, que intentemos adelantarnos para llegar de los primeros? Tenemos todas las ventajas en nuestro favor: somos un pueblo nuevo, sin tradiciones de grande importáncia que vencer y si elementos reaccionários que nos diputen el camino ¿por qué no hemos de osar, lo que nadie podrá resistir?

La sociedad uruguaya no ha complementado su organizacion, porque carece de un elemento intermediário que la constituya sólidamente: miéntras no exista entre nosotros una clase-média, han de ser inútiles todos los esfuerzos que se hagan para conquistar la libertad política, cuya base mas segura es la estabilidad regular de los gobiernos y el progreso ordenado de los partidos. Si nuestra existencia es dificultosa, se debe á que hemos invertido el órden que preside á los adelantamientos humanos: dando demasiada espansion al alma hemos descuidado las necesidades del cuerpo, ó lo que es lo mismo, hemos fabricado un hermoso conjunto de instituciones con el fin de cobijar á una multitud de individuos que no estaba apta todavía para comprenderlas, y hemos confiado en la accion aislada de las leyes para remediarlo todo. El ejercicio de la libertad política requiere largas pruebas que nosotros no habíamos ensayado cuando nos lanzamos á practicarlo. Toda solucion de gobierno necesita basarse en las convicciones de los gobernados ántes que en la fuerza, porque las convicciones aseguran la victoria tranquila de lo que se conquista, miéntras que la fuerza humilla al conjunto y engendra odiosidades de detalle que suelen ser fatales á los pueblos. Es esto exactamente lo que nos ha sucedido: quisimos aprisionar una sociedad embrionária entre el rodaje de una máquina

complicada, y hemos visto á cada instante que la máquina se entorpecía á vueltas de los obstáculos inesperados que han dificultado el libre juego de todas sus piezas. Pero ya que no podemos retroceder, porque todo retroceso supone una declaracion de ineptitud, dediquémonos á asimilar estos elementos tan heterojéneos de nuestra sociedad desorganizada, con el espíritu de nuestras instituciones democráticas y civilizadoras. Para sustituir el reinado de la fuerza con el reinado del derecho necesitamos crear las convicciones que eviten las violencias: miéntras no exista la fé republicana hija de una conviccion profunda, hermanando los designios de los gobernantes con la voluntad de los gobernados, nuestra vida será una lucha permanente entre el poder público que impone sus mandatos, y la sociedad que los rechaza con ódio.

Los intereses materiales, fundamento en que reposa la existencia de la humanidad, requieren de nuestra parte una atencion mas séria de la que hasta hoy se les ha prestado: no debemos olvidar que á fin de que el alma conserve la plenitud de sus poténcias, el cuerpo necesita estár sano y preservado de la escasez. Hay una clase social que sabe por esperiéncia estas cosas, porque ella se ha elevado hasta el pináculo de la fortuna á fuerza de perseveráncia, de moralidad y de ahorro, pero desgraciadamente nuestra vida tumultuosa ha impedido que esa clase social se forme entre nosotros. La ocasion sin embargo, no deja de ser propícia para comenzar la propaganda en favor del ejército industrial, cuyas victórias proporcionan sólidas y bendecidas conquistas á los pueblos. Todas las garantías que estimulen el trabajo, todos los incentivos que impulsen la produccion de las riquezas, deben ponerse en juego para favorecer la complementacion de nuestro órden social embrionário. Un camino que se trace, una agrupacion de trabajadores que se radique en un paraje cualquiera, una empresa industrial que se inicie en la vida práctica, una máquina que se invente ó se introduzca, son triunfos mas gloriosos que los reñidos y sangrientos alcanza-

dos por las armas, y en los cuales siempre el vencedor es hermano del vencido. Aquellos que deseen de buena fé—y son todos los orientales—la felicidad de la Patria comun, es justo que vuelvan sobre sus errores é inclinen el ánimo público por médio de un grande esfuerzo, á la persecucion de ideales mas positivos, mas saludables y mas profícuos que los que hasta hoy se han buscado. No son las leyes escritas las que constituyen el establecimiento sólido de la libertad y de la paz: son las convicciones de los ciudadanos, su prudéncia, su dignidad, su justicia lo que hace que á favor ó á despecho de las leyes, la libertad y la paz reinen en los pueblos juiciosos. La libertad no se decreta: se concibe, se ama y se ejercita cuando uno es digno de hacerlo; porque las leyes, ó son el conjunto de las aspiraciones sociales consagradas en preceptos, y entónces todos las acatan; ó no representan esas aspiraciones, y entónces nadie se crée en el deber de obedecerlas, hasta que por sí mismas mueren en el desprecio público.

Un esfuerzo hábilmente dirijido, puede encaminarnos todavía á la conquista de épocas venturosas. En la grande evolucion política que se ha verificado desde el dia de nuestra independéncia hasta hoy, todos los partidos han podido comparecer á la escena posesionándose del mando á su turno: el papel que han jugado ha sido enteramente político, y el credo que han afirmado sostener ha sido radicalmente republicano. La opinion pues, se ha mostrado uniforme en la profesion de la doctrina y en el acatamiento del precepto, pero la base tangible á la cual debe vincularse la idea, no se ha cuidado de establecer. Hemos sido teóricos sagaces, idealistas brillantes, pero muy léjos estamos de habernos mostrado hombres prácticos en los detalles de la vida. Asi se vé que los sucesos se han encargado de dar el mas solemne mentís á las previsiones de nuestros hombres: partidos autoritários que predicaron largos años desde el poder la condenacion de las rebeliones armadas, se han lanzado un dia cualquiera á la rebelion, para recuperar el poder perdido: partidos de princípios que habian fundado su credo en el acatamien-

to á la voluntad de las mayorías, se insubordinaron contra esa voluntad cuando no les invistió del mando, y descendieron al campo de la revuelta poniéndose al nivel de los ajitadores vulgares. ¿ Qué quiere decir todo esto ? que el ejercicio tranquilo de la libertad no ha sido comprendido ni en la fortaleza de espíritu que requiere para los hombres que han de gozarlo, ni en la paciente constáncia que pide á los partidos cuyo obgetivo es la posesion del poder, no para eternizarse en él inútilmente, sinó para verificar las reformas que la época solicita. Es un hecho positivo que cuando las agrupaciones políticas carecen de elementos para estar al alcance del movimiento social á fin de guiarlo, ó á fin de seguir sus impulsos, todo esfuerzo que hagan para conquistar el poder es contraproducente. No insistan pues en semejante aberracion, los partidos que no se sientan capaces de traer nuevos elementos de progreso al taller de la elaboracion social.

Si queremos entrar resueltamente en el camino de la reorganizacion, hagamos cuestion de gobierno el progreso material del país, que es el mas sólido fundamento de su progreso político y de su libertad. Estimulemos la produccion de la riqueza, dignifiquemos el trabajo, é intentemos sériamente la reunion de tantos elementos dispersos para formar una clase-média que modifique la exaltacion de los partidos y demarque el recto sendero por donde se encamine la marcha de la Nacion. La primera de todas las libertades es la independéncia personal : cuando un pueblo la ha conseguido para la mayoría de sus individuos, las instituciones que rijen el órden político tienen que ser tan libres como los hombres independientes á quienes ellas intentarán subordinar á su accion. En todas partes donde el trabajo y el ahorro forman la base de las costumbres públicas, se encuentra siempre un pueblo libre, miéntras que los pueblos esclavos son aquellos donde el parasitismo, la holgazanería, la ociosidad, va engendrando todos los vicios y preparando todas las tiranías ; desde la tiranía de la mendicidad corrompida que solicita un pan sin darse la pena de intentar ganarlo, hasta la tiranía de los gobiernos que á cámbio de

Bauzá Francisco, 1849-1899, (urug.)

ese pan se imponen por el hambre. Temblemos por nuestra democrácia, si las costumbres de ociosidad á que desgraciadamente se siente tan inclinada una parte del pueblo, llegan á cundir entre las clases que trabajan dificultosamente, y que á veces desesperan de un porvenir tranquilo! Temblemos por nuestra organizacion republicana, y hasta por los vínculos nacionales que nos unen, si la educacion tradicional de las profesiones liberales, haciendo cada dia mayor camino, llega al fin á decretar el menosprécio del trabajo humilde que saca sus productos de la tierra ó ennegrece las manos de los hombres en el manejo de una máquina!
